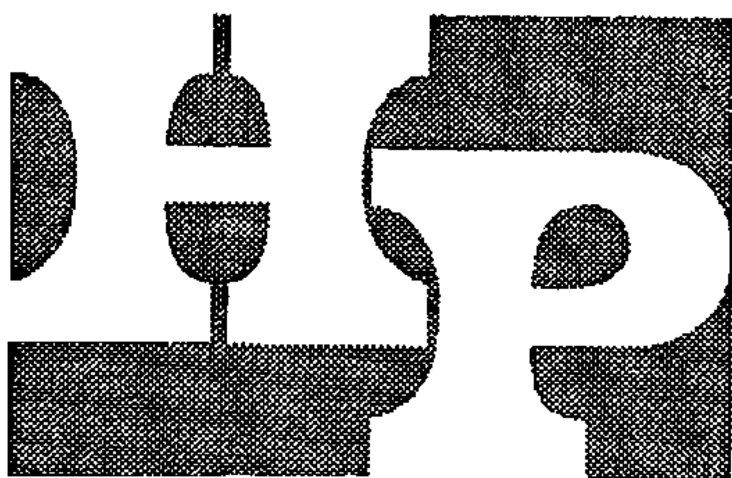


el hijo del sheriff

Silver Kane





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

EL HIJO DEL SHERIFF

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 417
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Déposito Legal B 38331-1977

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: diciembre, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Stubel era una población pequeña, situada al norte de Colorado, con trescientos vecinos, una iglesia, un Banco, dos salas de diversión y la fama de albergar en ella a una mujer bonita.

Por la tarde llegó Staton a la pequeña ciudad. Staton, a quien llamaban «la hiena solitaria», había hecho honor varias veces a tan elegante apodo. Era rastreador, ruin y algo cobarde, porque cuando atacaba, lo hacía siempre por la espalda. Pero jamás fallaba un golpe; sus innumerables víctimas iban siendo enterradas bajo el suelo de Colorado sin que surgiese nadie capaz de vengarlas. Staton, pues, que debía sentirse demasiado solo en la pradera, llegó a la pequeña población de Stubel y empezó a pasearse por sus principales calles mirando a las chicas y estudiando las posibilidades de dar un golpe.

Naturalmente fueron varias las personas que le conocieron, pero nadie se atrevió a turbar con palabras inoportunas el paseo de tan importante personaje. Sólo el *sheriff* Burton, cuando supo quién estaba allí, salió a su encuentro y le dijo:

—Tu presencia no es grata en la población, Staton. Que yo sepa no te reclaman aún en este condado, y tal es la causa de que yo no te haya cosido aún a balazos. Pero antes de las siete de la tarde saldrás de aquí o te limpiaré con plomo la conciencia.

Staton no contestó. Casi nunca contestaba cuando se le decían estas cosas. Pero a las siete de la tarde no había salido de la población, y, muy al contrario, se encontraba en ella más encantado que nunca.

Estaba decidido a quedarse allí a pesar del *sheriff* y a pesar de todos los vecinos de Stubel. Si pretendían echarle por la fuerza de las armas ya sabrían quién era Staton. Y esta repentina decisión que

en contra de sus costumbres tenía mucho de valiente, se debía a que sus ojos acababan de contemplar la figura de Margaret Larsen.

Colorado era largo y ancho. Había en él muchas mujeres hermosas. Y sin embargo, se tenían que recorrer centenares de millas para encontrar alguna que pudiera compararse a Margaret Larsen. La muchacha, que acababa de cumplir los veinte años, era la más hermosa de Stubel, y quizá la más hermosa de aquellas tierras. Aunque heredera de un rancho muy pequeño, había estudiado en la Universidad del Este, y sabía cosas como para marear a los varones más sesudos de Stubel. No se le habían conocido amores, pero la chica era desenvuelta y nada tímida. Tenía unos labios gruesos y rojos, un poco atrevidos, como si constantemente estuvieran desafiando el deseo de los hombres. Y Margaret era, en fin, el sueño secreto de casi todas las mentes masculinas de Stubel. Por su culpa había corrido la sangre sin que ella lo supiera. Muchas mujeres la temían aun sabiendo que era honrada. Y, en fin, Staton, quien llevaba muchas semanas en la pradera sin ver a ninguna mujer se quedó tan extasiado al contemplarla que decidió no marcharse de la ciudad.

A las siete de la tarde, pues, aún estaba allí, y como no le había agradado la expresión del *sheriff*, decidió matarlo por la espalda.

Se acercó a él cuando se había detenido en un porche de la calle principal.

Iba amparado en las sombras y con la mano ya apoyada sobre la culata. El *sheriff* estaba distraído colocando un bando en la puerta de su oficina. Staton había matado a tantos hombres así, que sabía que aquel tiro no lo podía fallar.

De repente sonó un grito. Un grito de mujer que avisaba al *sheriff*.

Éste se volvió con la agilidad de un felino, arrojándose a tierra, y su revólver derecho crepitó a través de la funda.

Staton, que iba a apretar el gatillo en aquel momento, soltó su arma con un gemido de sorpresa y horror, mientras una mancha roja aparecía en su pecho. Un segundo disparo del *sheriff* le atravesó el cráneo. Staton, sin haber sufrido, sin haber llegado a darse cuenta de que moría, cayó al suelo frente a la oficina del representante de la Ley.

Éste miró a la mujer que le había salvado la vida. Era Margaret.

—Gracias —dijo—, de no ser por ti habría muerto sin remedio. Pero es que además no todos los días le salva a uno la vida una mujer como tú.

Margaret, sin contestar fue a avisar al médico por si aún era posible hacer algo por Staton. No estaba segura de si la bala le había atravesado el cráneo o no. Burton, que sabía que era inútil hacer nada, se le quedó mirando mientras se alejaba. Y pensó que el destino era muy extraño algunas veces, pues durante la mañana él había salvado de la ruina al padre de Margaret, al evitar una estampida de sus reses, y ahora era ésta la que le salvaba de morir a manos de un hombre que seguramente se habría quedado en la ciudad a causa de ella. Parecía enteramente como si el día hubiera amanecido bajo el signo de aquella mujer.

Pero el destino tenía que extremar más aún las cosas. Y el día, que había amanecido bajo el signo de Margaret Larsen, tenía que acabar de igual modo.

Aquella noche llegó a la población Peter Randall acompañado de dos de sus compinches. Se dirigían a Nevada, pero como no tenían prisa pensaron que Stubel era un buen sitio para descansar durante un par de semanas. Lo primero que Peter Randall hacía al llegar a una población donde pensaba descansar era convertirse en dueño de ésta y así nadie le molestaba. ¡Ah! Y se buscaba a una chica que le alegrase su descanso.

Así era la historia de Peter Randall. Dos homicidios y un rapto en Hisuri. Otro rapto acompañado de asesinato en Oklahoma. Rapto de dos nuevas mujeres en Kansas, que corrieron peor suerte que las otras, puesto que fueron asesinadas al fin. Y ahora, siempre en su larga ruta hacia el Oeste, estaba en Colorado.

Stubel le pareció a Peter Randall una ciudad encantadora. Era bastante grande y limpia, y había en ella abundancia de mujeres. Un Banco de Crédito con nutridos fondos podía servirle para el caso de quedarse sin dinero, y necesitaran dar un golpe. Y por fin, aquella ciudad maravillosa, verdadero sueño para un pistolero como él, no estaba guardada más que por un *sheriff* que no tenía ni un solo lugarteniente.

Pero a Peter aún le faltaba lo mejor. Aún tenía que conocer a Margaret.

Llegó con sus dos hombres, encargó habitación en el mejor hotel

y, después de cenar pródigamente, se dirigió contoneándose hacia el saloon. Peter vestía con elegancia, pues no se tenía a sí mismo por un pistolero vulgar. Solía disparar con gestos estudiados, y hacía una reverencia cuando veía caer a su víctima. Las camisas que usaba eran de fina seda, y sus botas eran de cuero trabajado en Texas. Además, no resultaba mal parecido, si no se miraba la expresión cínica, inhumana y despiadada de sus ojos.

Llegó al saloon y empezó a beber. El *whisky* le pareció bueno. Y estaba en lo mejor de las libaciones cuando entró Margaret acompañada de su padre.

Margaret no iba a beber *whisky* ni nada de eso, desde luego. Tampoco su padre. Pero ambos esperaban encontrar allí al *sheriff* Burton para darle las gracias por salvar las reses aquella mañana. Les había costado mucho trabajo reunirías y encerrarlas en sus apartaderos y no habían podido aún cumplir con ese deber. Desde luego, tuvieron la desgracia de no encontrarle allí. Pero esta desgracia fue mucho mayor por el hecho de encontrar allí a Peter Randall.

—¡Vaya! ¡Qué perla! —exclamó éste—. He recorrido centenares y centenares en millas sin ver unos ojos, unos labios y un cuerpo semejante. Dominar a una mujer así debe constituir un placer que, por ser tan grande, sólo puede ser disfrutado por un hombre como yo: Peter Randall. Vamos, nena, acércate, y deja que tu hermanito mayor te tome las medidas.

En el saloon, no muy lleno a pesar de la hora, se había hecho un espantoso silencio. Los hombres miraban a Peter sin atreverse a intervenir a causa de la diabólica fama de éste, y las mujeres, distribuidas por entre las mesas, habían olvidado incluso sus nombres de pila.

Sentadas con sus indecorosos vestidos de trabajo, miraban obsesionadas a Peter Randall, el hombre a quien tantas muchachas debían la vergüenza o la muerte. Margaret les dio lástima, porque pudiera ser que su suerte fuese la misma. Los hombres desearon ardientemente que ella saliese huyendo del saloon, porque de lo contrario, la tragedia era inevitable. Pero Margaret era una muchacha que no había huido nunca. Al contrario, parecía sentir por el peligro una cierta curiosidad científica. Se acercó a Peter y le miró cara a cara.

—¿De modo que usted es el tipo que ha raptado a tantas mujeres en el Oeste Central? ¿Aquél a quien se acusa de haberlas matado después? —hizo una pausa, sonriendo despreciativamente—. A veces pienso que la leyenda que le rodea tiene que ser falsa. Es imposible que usted haya llegado a matar a tantas mujeres. ¡Tienen que haberse muerto solas debido a un ataque de náuseas!

Las facciones de Peter se volvieron un poco amarillas. Apretó los labios y dijo:

—Eres muy ingeniosa, nena. ¿Por qué no pruebas a ver si tú tienes más valor que las otras?

—Vámonos, Margaret —suplicó el viejo Thomas, su padre, tirándola del brazo—. ¡No podemos permanecer aquí!

—¿Que no podemos? ¿Quién se ha creído ese tipo que es? ¿Espera conquistarme con su camisa de seda mal lavada que huele aún a ancas de caballo? Peter no pudo soportar el insulto esta vez. Movió la mano y abofeteó dos veces a Margaret, derribándola al suelo. Su padre trató de defenderla echando mano al revólver, pero Peter Randall dejó bien demostrado que él había nacido para manejar las armas. Antes de que el viejo pudiera «sacar», él ya había puesto un revólver en línea de tiro y le había perforado el estómago de dos balazos crueles e implacables. El viejo Thomas cayó doblándose, y Margaret lanzó un grito que se mezcló con la especie de aullido inhumano lanzado por los espectadores del drama.

Peter no le dio tiempo para rehacerse. Enfundando su revólver, la levantó con ambos brazos y empezó a besarla con una especie de golosa desesperación entre los gemidos de Margaret, que más besos recibía cuantas veces trataba de hurtar el rostro. Los otros dos pistoleros sonreían, vigilantes, pensando que ya había caído la mejor presa de su vida.

Margaret sollozó:

—¡Canalla! ¡No es más que un cobarde! ¡No es más que una fiera babosa y cree que es un hombre!… Los insultos enardecieron a Peter. Era cosa bien probada. Pero en este momento y a causa del silencio, oyeron todos el quejido de los batientes al ser empujados y luego una voz:

—Pídele a ese caballero que te deje, Margaret. Para ir al sitio donde va a estar dentro de unos momentos, no necesita tu

compañía.

Peter soltó a la muchacha, sin atreverse a desenfundar las armas por suponer que el que hablaba ya le estaría encañonando, y suponía bien. El *sheriff* Burton tenía los dos revólveres en las manos y un salvaje deseo de matar en los ojos. Los dos compinches de Peter habían sido sorprendidos tan de repente que ahora no sabían qué hacer. Fue el *sheriff*, dueño de la situación, quien, dijo:

—Le invito a que se defienda, Peter. No debería hacerlo, pero es que matarle así, a sangre fría, me da un poco de asco. Cuide, sobre todo, cuando lo mate, de que no me salpique su sangre. A lo mejor es negra.

Peter comprendió que si mataba a aquel hombre sería el dueño de la población. En este minuto decisivo había que jugarse el todo por el todo. No necesito decir nada a sus compinches, porque éstos sabían de sobra cómo era preciso actuar en situaciones semejantes. Lanzando un doble aullido, enderezaron sus armas y dispararon, mientras Peter «sacaba». Pero Burton no era tonto, y sabía ya que estaba enfrentándose con tres hombres y no con uno solo. Cuando los pistoleros hicieron fuego, él ya se había arrojado al suelo y apretaba el gatillo dos veces.

Las dos balas fueron en busca de dos cráneos humanos, en donde penetraron con avidez de reptiles. Los dos pistoleros cayeron aullando, mientras Peter tiraba. Pero lo hizo con tal nerviosismo al verse solo que falló la puntería.

Burton también erró. Los disparos se habían sucedido en tan brevísimos segundos que hasta el tirador más sereno y templado hubiera fallado necesariamente. Peter, entonces, comprendiendo que estaba en desventaja, porque el público se había envalentonado ahora con la presencia del *sheriff*, renunció a un nuevo intento para matar a éste. Y de un agilísimo salto se encaramó a lo alto de la barra, lanzándose a continuación de cabeza contra una de las ventanas. Actuó con tal precisión y celeridad tan asombrosa que ni el mismo *sheriff* Burton pudo alcanzarle con los dos nuevos disparos que hizo. Cuando se dio cuenta de lo sucedido, Peter Randall ya estaba fuera. Se puso entonces de pie y gritó:

—¡Pronto, hemos de impedir que huya! Los hombres que se encontraban en el local, supieron qué era lo que se quería de ellos y se lanzaron en bloque contra la puerta. Sus mismos deseos de ir

aprisa les hizo estorbarse unos a otros y armar un tumulto espantoso que a nada conducía. Cuando empezaron a montar en sus caballos, Peter ya estaba algo lejos. El *sheriff*, con un gesto de desaliento, descendió del suyo.

—Ese tipo ha corrido más de prisa de lo que suponíamos. Y nosotros no hemos sido muy listos. No le alcanzaremos nunca.

—¡Pero hay que intentarlo, *sheriff*! —gritó una voz.

—Bien, salid en busca de él, si os parece, aunque dudo de vuestro éxito. En caso de encontrarlo… nada de juicios ni dilaciones. Aplicadle la ley de Lynch.

El *sheriff* Burton se había distinguido siempre por lo expeditivo de sus procedimientos, y eso entusiasmaba a la gente de la población. Una numerosa tropa salió en persecución del fugitivo, aunque armó demasiado alboroto para ser eficaz.

Burton, con los hombros hundidos, entró en el saloon, Margaret sollozaba abrazada al cadáver de su padre.

—No necesito decirte cuánto lo siento, muchacha. Parece que el destino ha querido ennegrecer hoy las cosas.

La muchacha alzó el rostro. Sus ojos transparentes, empañados ahora por las lágrimas, contemplaron al *sheriff*.

Vieron los ojos grises de éste. Sus anchos hombros y su mentón cuadrado que denotaban una energía indomable. Sus grandes manos que parecían hechas para manejar el revólver, pero que ahora demostraban que también sabían acariciar al tenderse hacia sus cabellos y rozándoles suavemente dos veces, como para dar ánimos a la muchacha con su presencia amiga. Y detrás del *sheriff*, Margaret vio el gran saloon que ahora estaba vacío, silencioso, como una gran bestia dormida. Restos de botellas, papeles sucios, sangre…, todo se mezclaba en el suelo en el que su padre había encontrado la muerte.

Margaret sintió en la garganta una cosa muy blanda, muy amarga, y dejó de llorar. Sus dedos cerraron suavemente los ojos del muerto, sin tocarlos apenas. Luego rectificó su forzada postura. El *sheriff* al verla hacer esto, se arrodilló junto a ella y advirtió:

—No sigas aquí, Margaret. Vete a tu casa y enciérrate en ella. Yo iré dentro de unos instantes con el médico para que te dé algo que consiga hacerte dormir. En cuanto a todos estos… detalles tan tristes, déjalos de mi cuenta. Sabes que Thomas Larsen fue siempre

un buen amigo mío.

Margaret, pesadamente se puso de pie. De repente pareció haber envejecido y sus ojos se habían enturbiado. Pero ahora ya sabía lo que era sentirse mujer y la gravedad de su rostro le daba una belleza más tentadora y serena.

—Procure… procure que mi padre no esté mucho tiempo en este lugar, *sheriff*. Un hombre que ha vivido como él vivió, merecía para morir un sitio mejor que un saloon.

Burton guardó silencio durante unos momentos. Estaba arrodillado junto al cadáver y le plegaba las manos sobre el tronco, sobre las heridas, procurando que éstas no fuesen visibles. Margaret vio el cuidado con que lo hacía, admiró la tierna solicitud que Burton ponía en cada uno de aquellos gestos, y se dio cuenta de lo mucho que debía a este hombre. Instintivamente se sintió protegida junto a él, y comprendió que su presencia le producía una sensación que no podía definir, pero que era a la vez placentera y dulce.

—Le ruego que me acompañe, *sheriff* —dijo—. No sería ahora capaz de volver a casa sola.

Y en voz más baja añadió:

—Pero con usted será distinto.

Burton no la miró. Tenía la virtud de esconder sus ojos cuando sabían que éstos podían turbar a una determinada persona. Esta delicadeza era tanto más extraña y admirable, por cuanto la energía y la violencia de que tantas veces había dado pruebas parecían convertirle en un hombre insensible a lo que no fuera el implacable cumplimiento de su deber. Se levantó, tras recoger el cuerpo de Thomas Larsen en sus brazos y manifestó:

—Te acompañaré, Margaret, pero así y todo no puedo dejar a tu padre aquí. Tienes razón al decir que merecía un lugar más digno que éste. Lo depositaré en tu casa.

Salieron ambos. El *sheriff* con el cadáver en brazos y Margaret a su lado. Una espantosa e indefinible sensación les acometió a los dos al salir a la calle tan desolada y silenciosa como la pradera misma. Todo el pueblo había salido prácticamente en persecución de Peter Randall, excepto las mujeres, los niños y los viejos que ahora estaban acurrucados en sus casas. Parecía enteramente como si Stubel hubiese sido abandonado por todos, y ellos, Burton y Margaret estuviesen solos en el mundo. La muchacha sintió algo

que antes le hubiese parecido extraño y remoto, pero que ahora le produjo un pinchazo caliente en la piel. Se volvió hacia el *sheriff*.

Volvió a mirar sus ojos grises, su mentón enérgico, sus manos grandes y duras, y sin embargo tan exquisitamente sensibles.

—Me estoy dando cuenta de algo muy extraño —declaró ella en voz muy baja como un susurro—. Quizá he necesitado sentir esta soledad para advertirlo, pero ahora la verdad está aquí, en mi cerebro y en mi sangre, y sé que es cierto cuanto digo.

Él la miraba también, fijamente. Resonaban sordamente en la calle, sobre el polvo blanquecino, las pisadas de los dos. Un pájaro nocturno cantaba en la lejanía. Y un farol de petróleo, proyectó sus sombras largas, muy largas, y sin embargo unidas.

—No te entiendo, Margaret —repuso él—. Tus palabras son hermosas incluso en estos momentos, pero no te entiendo.

—Estoy sola en la ciudad, *sheriff*. Esto lo he sabido desde el mismo instante en que he visto caer a mi padre. Mas ha sido ahora, al salir a la calle y verla tan desierta, cuando me he dado cuenta de lo que será mi vida.

Seguían caminando. Él ahora también rehuía mirarla, pero no era por delicadeza. Se advertía claramente que tenía miedo. Sin duda había una voz en su corazón que no deseaba escuchar. Pero fue la misma Margaret quien habló en lugar de esa voz.

—Ha dicho usted antes que era el destino quien había dispuesto las cosas este día. Y yo creo que el destino no se equivoca nunca. Por eso quisiera preguntarle una cosa, *sheriff*.

Él la miró tan sólo un instante, y Margaret advirtió que se habían nublado sus ojos.

—Pregúntamela.

Llegaban en este momento a la casa. El crujir de los escalones del porche bajo sus pisadas los sacó de este mundo un poco irreal en el que durante unos instantes se habían sumido. Fue Margaret la que abrió la puerta, temblorosa. Con dedos vacilantes buscó una lámpara de petróleo y encendió la luz.

—Ahí, *sheriff*, está la habitación.

Era el dormitorio del viejo Thomas. Burton depositó el cuerpo, con cuidado, encima de la gran cama en que durante años el hombre había soportado su viudez.

En aquella cama debía haber muerto su esposa, y seguramente

fue en esa misma donde nació Margaret. Una inexplicable ternura, una emoción desconocida e inquietante se apoderó de él. Salió cerrando la puerta, y vio a la muchacha apoyada en la pared, junto al quicio. Respiraba fatigosamente.

—Voy a hacerle una pregunta, *sheriff*, porque usted me ha autorizado a ello —susurró—. Pero ante todo le ruego que no se burle de mí ni que piense que esto es producto de mi desesperación o de mi miedo. La pregunta es sencillamente ésta: ¿quiere usted casarse conmigo? Hubo un estremecimiento en los anchos hombros de Burton. Sus párpados temblaron como sacudidos por una descarga.

Y entonces, muy lentamente, con un infinito cuidado, acercó a Margaret a su pecho.

La luz alumbraba sus ojos grises, su mentón enérgico, sus amplios hombros.

Y cualquiera puede imaginar que un hombre que tiene esas cualidades, que es *sheriff* de una ciudad turbulenta y sabe manejar el gatillo como un campeón, un hombre al que además una muchacha como Margaret acaba de ofrecerse en matrimonio será joven, apuesto, y tendrá como máximo treinta años de edad.

Pero no era así.

El *sheriff* Burton tenía ya los cabellos blancos. Tenía arrugas bajo los párpados y en las comisuras de los labios.

Y acababa de cumplir los cincuenta años de edad.

CAPÍTULO II

El *sheriff* Burton no había tenido una mujer en los brazos desde muchos años atrás, y menos una mujer como Margaret. Sus dedos se pusieron a temblar, y sus músculos sufrieron como una sacudida. Todo aquello era tan inesperado, tan dulce, tan hermoso, que se convertía por eso mismo en algo brutal. Sintió que quemaban sus labios y sintió también como si algo le hiciera daño en el fondo mismo de los ojos. De repente soltó a Margaret. Y retrocedió dos pasos, hacia la pared del fondo mirándola, como si la tuviese muy lejos. Sus dos brazos fueron hacia ella igual que si quisiera atraerla de nuevo junto a su pecho, pero le bastó ver que la muchacha se ofrecía para que el miedo volviera a apoderarse de él. Miedo a cometer una locura, a estar viviendo un maldito sueño imposible. Incluso movió un poco la cabeza a un lado y a otro, como si quisiera despertar.

Luego musitó:

—Margaret, yo no sé si has meditado bien tus palabras. Antes de pronunciarlas debías de haber pensado una serie de cosas en las que no has reparado. Tú tienes veinte años, eres la mujer más bonita de la ciudad y una de las más bellas de Colorado. Cualquier cosa que tu corazón desee puede convertirse en realidad, y la vida ha de depararte aún muchas alegrías, aunque ahora tú tengas la sensación de estar sola para siempre. Yo, en cambio, he rebasado los cincuenta años, y a esa edad un hombre ya es un viejo en estas tierras. Tengo un hijo que debió cumplir los veinticinco precisamente ayer, y mi carácter se ha agriado por el mucho tiempo que llevo de viudez. Lo que tú acabas de decirme… Se llevó una mano a la nuca, abrumado, como si le costase añadir aquello:

—… Lo que tú acabas de decirme trastorna mis sentimientos.

Trastorna todas las condiciones honradas que pueda haber en mí. Yo podría decirte, y sería cierto, que te aprecio como a una hija. Pero basta que tú me mires como una mujer mira a un hombre; basta que te acerques a mí y entreabras tus labios, para que yo me dé cuenta de que eso no es más que una mentira miserable —jadeó, excitado, y se hubiera dicho que casi le costaba hablar—. Todo lo que yo he sentido por ti durante años vacila ante una sola de tus miradas. Mi piel, mi sangre, mis músculos y mis ojos, me están diciendo la única verdad. Y esa verdad me repugna, Margaret, porque no es digna. Porque un hombre de bien no debe complacerse nunca en ella.

Margaret seguía apoyada en la pared frontera, y la luz que estaba en medio de los dos, formaba entre ambos como una barrera. El pecho de la joven subía y bajaba. Subía y bajaba con una regularidad que obsesionaba. Burton la miraba y sentía como un temblor dentro de sus ojos. El solo pensamiento de que ella se había ofrecido para ser suya, le hacía daño en la garganta. Le impedía hablar. Le causaba en los dedos un temblor que Margaret debía estar notando, porque ella le miraba fijamente. Pero la mujer también temblaba.

—Margaret, ¿por qué me has dicho esto? —susurró él—. ¿Te das cuenta de tu crueldad? No soy más que un hombre dominado por sus pasiones, como los otros, y también tengo, como los otros, sueños secretos y miserables que no he confesado a nadie. Al ver a una mujer como tú, era inevitable que mis instintos se despertaran, estremeciéndome con su llama. Siempre, al cruzarme contigo, sentía que algo temblaba en mi interior, pero la costumbre de saberte muy alejada de mí, y al pensar que podías haber sido mi hija iba adormeciendo de nuevo esos instintos. Había llegado un momento en que yo era, en relación a ti, un hombre completamente honrado. Podías haber pasado una noche entera en mi casa, podíamos haber hecho un viaje juntos por la pradera y yo no hubiese tenido un solo pensamiento malsano hacia ti, por muy enloquecedora que fueses. Pero ahora, Margaret, todo es distinto. ¿Te das cuenta de lo que acabas de destruir? Ahora, además de saber que pudiste ser mi hija, sabré que pudiste ser mi mujer. Sabré que te he tenido en mis brazos y que tú no me has rechazado. Que has entreabierto tus labios cuando elevabas el rostro hacia mí… ¡Mil diablos! —rugió

presa de una especie de paroxismo—. Esto es una insensatez, Margaret. No debíamos ni siquiera estar aquí hablando de ello, porque el hacerlo ya constituye una ofensa para los dos. Entra en esa habitación, junto al cadáver de tu padre, y reza. No puedes hacer otra cosa.

Volvió la espalda y se dirigió hacia la puerta. Pero cuando había oprimido el picaporte, no tuvo fuerzas para salir. Se preguntó si no era inhumano dejar sola a Margaret en aquellas circunstancias. Si no debería darle alguna explicación más, dejando sobre todo bien aclarado que él no se había ofendido. Pero en el fondo, lo que deseaba era estar junto a ella, ver sus ojos, sus labios, su piel. Lo que quería era sentir su respiración enervante y contemplar su bella silueta delimitada por aquella luz que formaba entre los dos como una barrera. Pero a pesar de todo iba a salir, pues Burton era esencialmente un hombre honrado, pero fue la voz de Margaret la que le detuvo:

—Fred…

Le había llamado por su nombre. Durante años nadie le había llamado así, ni siquiera su hijo, con el que no se hablaba. Para Burton aquel sencillo nombre «Fred» era como un perfume evocador que le trajese el recuerdo de las cosas más viejas y queridas. Se volvió poco a poco.

—Gracias por tu actitud, Fred —susurró ella—. Eso me ha demostrado cuánta nobleza hay en tus sentimientos. Sé perfectamente que ahora debía rezar ante el cadáver de mi padre, y eso es lo que haré dentro de unos minutos. Pero luego está mi vida. Te he venido observando durante largos años, Fred, y sé que en todo Colorado no hay un hombre como tú. Vosotros no comprendéis a veces cuánto valor tiene para una muchacha la seguridad de un cariño sincero, de una conducta honrada y noble. No todo se reduce a un pecho amplio y unos brazos fuertes, Fred, y aun en eso ganas tú a muchos jovenzuelos. Te ha sorprendido saber que yo te amaba y, sin embargo, es tan natural como el curso de las estaciones, como las flores de primavera o las lluvias de otoño. Un hombre que como tú ha derrochado valentía durante años y que ha sido modelo para toda la gente de Stubel, debía ser amado por una muchacha como yo. En realidad, Fred, tú has sido mi héroe. Lo fuiste cuando era niña y te veía vencer a los que habían venido a turbar nuestra paz.

Lo seguiste siendo cuando comencé a sentir las primeras inquietudes de mujer. Y yo creo que sólo hacía falta un motivo, un pretexto grave para que te lo dijese. Ese motivo se ha producido hoy, y los dos nos acordaremos de él durante toda nuestra vida.

La joven se había aproximado un paso. Miraba fijamente a Burton y tendía sus manos hacia él. Pero Burton apretó los labios y cerró los ojos, resistiendo con todas las fuerzas.

Luego abrió la puerta, saliendo, y la cerró fuertemente tras él.

CAPÍTULO III

Al día siguiente ocurrieron dos cosas: Fue enterrado Thomas Larsen, el padre de Margaret, y el *sheriff* Burton clavó en la pared exterior de su oficina un cartel poniendo precio a la cabeza de un hombre.

Este hombre no era Peter Randall, como parecía lógico. Por Peter Randall ya se había ofrecido una recompensa, que debía pagarse a los habitantes de Stubel, quienes, a pesar de todo, le dieron fuerte la noche anterior. El hombre a cuya cabeza puso precio el *sheriff* era otro muy distinto, aunque de momento nadie leyó el cartel porque todos estaban lo bastante ocupados en asistir al entierro del padre de Margaret.

Éste fue uno de los más lujosos que se recordaban en la pequeña ciudad. Asistió el consejo municipal en pleno, con su presidente a la cabeza; el *sheriff* y el juez, como representantes de la Ley; los ganaderos más prestigiosos y ricos, y, en general toda la población. No importaba que Thomas Larsen hubiera sido pobre para que los ricos de Stubel se unieran a él en esta despedida. Su hija Margaret gastó todo lo que tenía a fin de que su padre fuera honrado según sus merecimientos en esta última ceremonia. Supo desde el primer momento que por sí sola nunca podía pagar las deudas que pesaban sobre el pequeño rancho, pero si con sus pobres fuerzas tampoco podía administrarlo, ni cuidar las reses, poco le importaba perderlo. Cuando apareció con su vestido negro, los cabellos recogidos en la nuca y un velo cubriéndole parte del rostro, todos la miraban como si se despidieran de ella puesto que, en realidad, no podría continuar mucho tiempo en Stubel.

No hay duda de que cuando una mujer es alta, bien formada y con movimientos suaves, el luto la favorece. Todos cuantos vieron a Margaret saliendo de casa tuvieron la sensación de que nunca

habían visto a una mujer como aquélla.

Y entre ellos estaba el *sheriff* Burton, quien tuvo que cerrar los ojos y lanzar una maldición, diciéndose que nunca más, después de aquella escena, volvería a ser feliz.

Margaret permaneció serena y rígida durante la ceremonia, lo mismo mientras el pastor recordaba a todos las virtudes del difunto, que cuando las paletadas de tierra comenzaron a caer sobre el ataúd que contenía los restos de su padre. Sólo cuando la sepultura estuvo cubierta perdió un momento la serenidad, y fue entonces cuando rogó a todos que la dejasen sola para orar. En realidad todos comprendieron que temía perder la estabilidad de sus nervios, y unos tras otros la fueron dejando luego de pasar ante ella y expresarle su pésame con una indicación de cabeza. El día se había asociado a la tristeza de la ceremonia y un cielo gris macizo pesaba sobre el pequeño cementerio como una losa de plomo. Algunos pájaros volaban bajos entre los árboles, buscando refugio contra la tormenta que se avecinaba. Y de las colinas del sur llegaba el trueno lejano, insistente, como el mugido de un animal.

El *sheriff* Burton pasó también ante Margaret, inclinó la cabeza, sin mirarla a los ojos, y fue de los primeros en alejarse. Minutos después la muchacha había quedado completamente sola.

Tras rezar en silencio durante casi un cuarto de hora salió del cementerio. El pequeño carruaje de dos plazas, tirado por un viejo caballo, la aguardaba a la puerta. Margaret subió a él y dejó que el animal fuera a su paso, a pesar de que se aproximaba la tormenta.

Stubel parecía de nuevo una ciudad desierta, quizá a causa del tiempo, quizá porque la gente estaba reunida para los oficios de la tarde en la iglesia de la población. Lo cierto era que nadie transitaba por la calle, y que la sensación de tristeza y soledad era casi asfixiante. Margaret se preguntó cuánto tiempo podría resistir aquello. Vio su vieja casa de la ciudad, mucho más confortable que el rancho, pero triste e inhóspita en estos momentos.

Margaret supo lo que sería entrar allí y escuchar el crujido de las puertas, ese «crac crac» misterioso de los muebles cuando hay silencio en la casa, ver las sombras de los objetos conocidos proyectados a la luz y tuvo miedo. Deseó desesperadamente una compañía. Y en este momento pasó por delante de la oficina del *sheriff* Burton que estaba cerrada. Vio también el cartel que éste

había pegado junto a la puerta.

Margaret, intensamente pálida, detuvo el carruaje. Descendió de él y se aproximó al porche, para ver bien de cerca el cartel que Burton había colocado allí aquel día.

* * *

El cartel era como uno de tantos otros que los habitantes de Stubel estaban cansados de ver. Había en él reproducido un rostro de hombre, tomado de algún daguerrotipo y debajo una cifra que en este caso era sólo de mil dólares. Pero lo que destacaba el cartel, detalle que sin duda ya habría provocado mil comentarios entre los que lo hubiesen leído, era que esos mil dólares se ofrecían por la entrega, vivo o muerto, de un hombre llamado George Burton, de veinticinco años de edad y cuya última residencia conocida era Carson City, Nevada. Se añadía que carteles semejantes habían sido colocados por orden del gobernador de aquel Estado, en las ciudades más importantes del mismo y de los Estados vecinos. Margaret se estremeció al leer todo aquello.

Se llevó una mano a la frente tras aspirar en silencio y miró entonces el rostro de George Burton, a quien casi ya no recordaba. George había marchado de Stubel poco después de haber quedado su padre viudo, haría unos diez años, y no había vuelto a aparecer por la ciudad. De modo que el rostro que Margaret vio reproducido en el cartel, fue el de un perfecto desconocido.

Aunque el grabado era muy oscuro y de líneas algo confusas, era posible distinguir las facciones enérgicas, tal vez demasiado enérgicas, del joven reproducido en él. Tenía los ojos algo pequeños, la mandíbula cuadrada y dura, y los cabellos rizados. Si en conjunto era guapo o feo no se podía advertir con demasiada claridad, ni Margaret se preocupó demasiado de eso. Para ella el hecho brutal, tajante, fue el que el *sheriff* Burton se hubiese avenido a colocar un pasquín ofreciendo una recompensa por la cabeza de su propio hijo.

Margaret se olvidó incluso de su carruaje. Sin duda el caballo, cuando se cansase de esperar, se iría poco a poco hacia la casa, pero ella no pensó en ello. Con los ojos fijos en la puerta del local donde vivía el *sheriff*, avanzó a lo largo del porche. Sus puños estaban cerrados y sus labios dibujaban un rictus amargo. Al llegar a la

puerta, y antes de llamar examinó someramente la casa. De hecho nunca había estado sola allí.

El *sheriff* vivía en el mismo lugar desde hacía muchos años. En aquella casa había nacido su hijo y en ella murió su mujer. Nada había cambiado con el tiempo, y sobre la puerta aún había un ramo de olivo que George colgó allí cuando era un niño. Las tablas del porche necesitaban una reparación, pensó Margaret, y las ventanas lo mismo. Pero ese instinto de mujer que durante años ha tenido que cuidar una casa, dejó paso bien pronto a la sorda indignación que la habían llevado allí. Golpeó enérgicamente la puerta y, con los labios apretados, esperó a que la abriesen.

Fue el mismo *sheriff* Burton quien le franqueó la entrada. Parpadeó al verla y no pudo evitar que sus hombros sufrieran una sacudida.

—¿Tú aquí, Margaret? Ella no contestó. Le miraba fijamente, acusadoramente, a los ojos. Fred Burton no la comprendió.

—No puedes pasar, Margaret. Estoy solo —advirtió.

—¡Qué importa eso! No vengo a hablarte de amor ni a darte pie para que puedas pensar de mí algo equívoco. Vengo tan sólo a acusarle de no tener conciencia.

Fred Burton parpadeó otra vez. Parecía como si aún siguiera sin comprenderla. Al fin, una luz brilló en el fondo de sus ojos, se llevó una mano a la frente y dijo:

—No sabía a qué te referías. Creí que no habías tenido tiempo de ver el pasquín esta tarde, Margaret. Pasa.

La muchacha entró, Burton cerró la puerta tras ella.

La casa era como todas las de Stubel, y se componía de una gran sala-comedor, con la chimenea y varias puertas que sin duda daban a la cocina y a los diversos dormitorios.

Pero lo que llamaba la atención en ella era que parecía como si el tiempo se hubiese detenido en sus paredes. Había allí, sobre una mesita, la Biblia de la familia, toda cubierta de polvo; debía conservarse como una reliquia. Las paredes estaban cubiertas de pequeños recuerdos, como diplomas obtenidos por George cuando asistía a la escuela local, dibujos de la difunta esposa de Burton y viejos libros que sus manos tocaron algún día. La estantería de éstos se hallaba colocada junto a la chimenea, donde ardía un pequeño fuego. Sobre la chimenea había dos rifles cruzados, y por el exiguo

tamaño de uno de ellos, Margaret dedujo que perteneció a George cuando era pequeño. Todo esto hizo que le pareciera doblemente cruel y despiadada la actitud del *sheriff*.

—Siéntate, Margaret. Y perdona que no te haya acompañado en el camino de regreso, pero, a veces, es mucho mejor dejar a una persona a solas.

Margaret se sentó, haciéndolo en un sillón que estaba cerca de la chimenea. Aspiró con una extraña fruición el aire quieto de la casa, en la que los recuerdos y el tiempo parecían haberse estacionado para siempre. No pudo menos que pensar que Fred Burton amaba aquel silencio, aquella desesperada tristeza de hombre eternamente solo.

—No necesitas darme ninguna explicación, Fred. En efecto, quería estar sola. Y el haberlo conseguido me ha hecho mucho bien. Pero no he venido por eso, sino por el pasquín colocado junto a la puerta de la oficina.

Burton que se había sentado frente a ella se levantó. Su alta y hercúlea figura se apoyó por un momento en un lado de la chimenea, junto al fuego, y después fue lentamente hacia la ventana situada al fondo de la pieza. Tenía las manos en los bolsillos y parecía más triste y abatido que nunca. Al fin miró a Margaret.

—Ese pasquín ha sido colocado también en los condados más importantes. No lo he publicado yo, pero no podía negarme a colocarlo.

Habló un poco secamente, como dando por terminada aquella cuestión que no había hecho sino empezar. Pero Margaret irguió el busto y le miró desafiante.

—Antes de colocar eso tenía que haber hecho una cosa.

—¿Qué?

—Dimitir.

Burton que estaba de pie frente a ella, le volvió bruscamente la espalda.

—No eres más que una chiquilla, Margaret. Estás llena de buenos sentimientos y de ideales hermosos. Pero yo tengo que cumplir un deber y nadie me reprochará el que lo cumpla.

Margaret se puso de pie también y se colocó junto a él. Burton sintió su presencia y una sacudida en la espalda, pero no se movió. Apretó los puños sin que ella lo viera, y se propuso ser fuerte.

—¿Por qué marchó George de esta casa, Fred? —preguntó dulcemente—. ¿Cuál es la causa de vuestra enemistad?

—La causa de nuestra enemistad no tiene importancia, Margaret. Con el tiempo la he ido olvidando, y ya ves que la casa está llena de pequeños recuerdos relacionados con mi hijo. Él tenía un carácter muy independiente y yo he sido siempre demasiado enérgico.

No es extraño, por tanto, que menudearan los motivos de discusión. Pero siempre me ha costado un poco perdonarle el que se decidiese a vivir sin mí, ya que al fin y al cabo no tenía a nadie más que a mí en el mundo. Nada hubiera tenido que objetar a su marcha si hubiese venido de vez en cuando a verme, pero… No supo continuar. Se adivinaba que aquella conversación le hacía recordar cosas demasiado tristes, porque estaban clavadas en las mismas raíces de su soledad, y Margaret sintió de repente una brutal compasión por aquel hombre.

Cuando los sentimientos son demasiado fuertes se convierten en un poco inhumanos; parecen salirse fuera de la persona que los posee para herirla desde lejos. Así fue la compasión de Margaret. Se dio cuenta de que, en realidad siempre había deseado ofrecer su compañía a aquel hombre porque estaba solo. Siempre había querido intervenir en su vida porque en ésta faltaba una mano de mujer. No le amaba ni tal vez le amaría nunca, al menos de la forma como ella había soñado era el amor. Pero la soledad de ella, cuando se produjo, la empujó más hacia la soledad de él. Margaret pensó que el amor consiste muchas veces en el choque de dos soledades que se encuentran. Sentía que aquel hombre merecía ser feliz, y que ella era capaz de proporcionarle la dicha.

Sentía también que esto le daba a su vida un contenido y una verdad. Pero tal vez no hubiese llegado a manifestarlo nunca de no producirse los trágicos acontecimientos que motivaron la muerte de su padre y la valiente intervención de Burton.

—Continúa, Fred. Te lo ruego.

—Bueno, no es que tenga demasiada importancia, Margaret. Te aburriría con el relato estúpido y minucioso de estos años en que me ha parecido vivir en un infierno, sobre todo al saber que George se descarrilaba y adquiría amistades poco convenientes para él. Me hubiese gustado guiarle aunque solo, fuera desde lejos, pero él

jamás lo consintió. Si algunas cartas ha contestado, han sido aquéllas en que yo no le daba ningún consejo. En fin, parece que ahora las cosas han llegado a un extremo peligroso y él está metido en un buen lío.

Margaret se alejó un poco del *sheriff* y volvió a sentarse junto al fuego. Estaba literalmente agotada, como si todos los sufrimientos de las últimas horas gravitasen en esos momentos sobre ella. Imaginó los comentarios que harían la gente de Stubel sobre ella cuando la hubiesen visto entrar. Al día siguiente todo el mundo murmuraría de ella y del viejo *sheriff*. Eso le importaba muy poco. Sonrió a Burton cuando éste se volvió para mirarla y tomó asiento frente a ella.

—Explícame qué clase de lío es ése en que está metido George.

—¡Bah, no te preocupes por ello! Era evidente la intención del *sheriff* de no hablar de aquel asunto, pero Margaret quería conocerlo todo, hasta su raíz.

Y por eso dijo, dándose plena cuenta de lo que hacía, aquello que tal vez nunca debió decir:

—Debo preocuparme desde el momento en que George va a ser mi hijo.

Burton estaba mirando hacia el fuego, cuando ella dijo esto. Temblaron sus hombros y volvió la cabeza para mirarla. Fue en ese momento cuando Margaret se dio cuenta de que aquel hombre la amaba desesperadamente. Tuvo miedo de leer la pasión en los ojos de Burton, al adivinar aquel deseo que podría destruirla. Por primera vez él la miró como a una cosa que podía ser suya. Y Margaret entrelazó nerviosamente los dedos, como si con esto hubiera de sentirse más segura.

—¿Por qué has vuelto a hablar de eso, Margaret? ¿No te has dado cuenta de lo loco que era lo que estuvimos hablando anoche?

—Lo he pensado bien —murmuró ella.

—Pero ¿qué puedes haber visto en mí? Siempre he sido un hombre sincero y con más motivo he de serlo ahora. Por esto te digo que siento desconfianza. Temo que te estés burlando de mí.

Margaret apretó los labios.

—Te creía inteligente, Fred. Deberías haber comprendido que una mujer como yo no se burla de nadie cuando acaban de asesinar a su padre.

Él estaba confundido. No sabía qué decir. Margaret dulcificó su expresión.

—Además eres demasiado modesto. Tu modestia es tan exagerada que incluso hieres un poco. Decía la verdad cuando afirmé que nunca había conocido a un hombre como tú. Además, Fred, tú estás solo y yo estoy sola. Ésta es nuestra verdad.

Y, en efecto, era una verdad tan sencilla que Burton la comprendió esta vez. Por fin penetró en él la sensación de que Margaret, la mujer inaccesible, podía de verdad ser suya, y que además lo sería por razones que eran lógicas, que no tenían que avergonzar a ninguno de los dos. Este descubrimiento pareció producir en él una verdadera conmoción interior. De repente se levantó y sus manos grandes y rudas se dirigieron hacia Margaret.

La estrechó contra su pecho y la besó.

Un cántico lento, espaciado, llegó desde la calle. Las damas de la Liga de la Moral, entonaban su himno por las calles de Stubel al salir del oficio religioso. Margaret sonrió porque ella las había acompañado muchas veces en los cánticos. Entonces se sentía una niña, y ahora era una mujer. Burton pareció adivinar sus pensamientos y sonrió también.

Pero en seguida se endureció su expresión.

—Serás mi esposa, Margaret. A partir de este momento ya no cuenta tu voluntad. Aunque ahora quisieras liberarte de mis brazos, de mis besos, ya no podrías. Te quiero más que a mi vida y destruiré con mis manos al que se oponga a nuestro amor. Creo que te destruiré incluso a ti misma. Ahora me has enloquecido y has borrado todo cuanto de sensato puede haber en mí. Me has convertido en una fiera que lucha por lo suyo. Y todo lo mío eres tú, Margaret… Volvió a besarla.

—Suéltame, Fred…

—Las gentes murmurarán, Margaret —dijo entonces él—. Deberíamos ir inmediatamente a ver al pastor y anunciarle nuestro compromiso. De este modo nadie podrá decir que tenemos nada que ocultar. Nuestra boda será sencilla, pero eso nos permitirá celebrarlo mucho antes. Vamos, Margaret… La empujaba suavemente hacia la puerta, y ella se dejó llevar. Antes de abrirla Fred Burton dijo:

—Permíteme que te haga cruzar el umbral en brazos.

—Pero, Fred, ahora…

—Cuando nos casemos te entraré en brazos. Ahora solamente te hago salir. Pero necesito este anticipo de felicidad, Margaret.

—Y yo te lo doy gustosamente, Fred.

La sostuvo en brazos como si fuera una pluma y abrió la puerta. Salieron al porche y vieron la calle desierta, sobre la que había empezado a anochecer. La espantosa sensación de soledad que Margaret ya conocía la acometió de nuevo.

—Estoy contenta de sentirme a tu lado, Fred. De otro modo no sé si resistiría esto.

Él le acarició largamente los cabellos, con una suavidad infinita, mientras echaban a andar. Margaret buscó con los ojos su carruaje, pero como había supuesto, el caballo, cansado de esperar, había ido poco a poco hacia la casa donde ella vivía. Algunos paseantes aislados, al ver la familiaridad con que el *sheriff* trataba a la muchacha, se volvieron para contemplarlos. Pero ella no hizo caso de nadie. Y en cuanto a Fred, no se daba cuenta.

—¿En qué clase de lío está metido George? —preguntó de repente Margaret—. Antes has dejado sin respuesta esta misma cuestión.

—Complicidad en un asalto —reveló Burton en voz baja, mirando al suelo. Sus facciones se habían ensombrecido de repente —. Una cuadrilla asaltó un Banco en Carson City, y sólo él ha sido reconocido. En cuanto lo capturen lo ahorcarán.

Había un sordo dolor en la voz del hombre. Y Margaret comprendió por qué no le gustaba hablar de aquello. Se pegó un poco a él en silencio. Y en ese momento llegaron a la casa blanca donde habitaba el pastor.

Les abrió éste, en persona. Llevaba aún el libro de salmos en la mano, pues acababa de regresar de los oficios de la tarde. Parpadeó un instante al verlos juntos, pero en seguida dominó su sorpresa inicial, invitándoles cortésmente a pasar.

—Entre, entre, *sheriff*. Y tú, Margaret, pasa también. ¿A qué se debe vuestra visita? ¿Acaso piensas encargar unas honras fúnebres para tu padre? Esto estaría bien.

—No venimos a hablar de muertos, sino de vivos —dijo Fred con una extraña vehemencia—. Margaret y yo queremos comunicarle que vaya preparándolo todo para nuestro próximo

matrimonio.

—¿Cómo? El pastor asombrado terminó de cerrar la puerta.

—No tiene por qué sorprenderse —sonrió Fred—. Yo soy viudo desde hace muchos años y Margaret es soltera. ¿Y no es el matrimonio un estado de santificación?

—Pues… ¡pues claro! —murmuró el pastor sin saber qué decir —. Un estado… digamos perfecto. ¿Y para cuándo es la boda?

—Para lo antes posible —contestó Fred Burton—. Para dentro de quince días.

—No —murmuró Margaret secamente—. No tan pronto. Para dentro de un mes.

Fred se volvió para mirarla con sorpresa, pero Margaret sostuvo su mirada. Sabía por qué había dicho aquello. Sabía para qué necesitaba aquellos quince días de plazo.

CAPÍTULO IV

El viejo y solemne reloj de pared desgranaba lentamente los minutos. Una lámpara de petróleo, colocada sobre una mesa alumbraba la habitación. Margaret, inclinada muy cerca de la luz, escribía con rapidez en una hoja de papel. A su derecha había ya dos completamente escritas.

Margaret no se encontraba ahora en la pequeña casa de la ciudad, sino en el rancho.

Éste constaba de unas tierras pobres y un edificio que se estaba ya cayendo. El viejo Thomas había querido repararlo varias veces, pero para eso hacía falta dinero, y ellos no lo tenían. El número de cabezas de ganado era muy reducido también, sobre todo después del intento de robo. Margaret había calculado ya que lo que tenía bastaba para cubrir sus deudas y por eso había dicho al viejo capataz Paul que se encargase de venderlo todo a condición que le permitiesen seguir trabajando a él y a los dos únicos vaqueros, pues de otro modo Margaret no quería vender. La larga carta que ahora estaba escribiendo no se refería a todo ese enojoso asunto, sino que iba dirigida a Fred Burton y tenía por objeto exponerle el motivo por el cual no deseaba casarse antes de un mes.

Le pedía en ella Margaret que no la considerase una chiquilla dominada por sus primeros impulsos, y que tratase de comprenderla. De todo lo que hablaron aquel anochecer, una frase quedó como grabada al fuego en su memoria, y era aquélla con la que Fred Burton expresó que su hijo sería ahorcado si llegaban a capturarle. Ella no quería convertirse en la madre de un hombre a quien irremediablemente hubiesen de ahorcar.

Casi no recordaba a George y hubiese sido una mentira decir que le apreciaba, pero como su futura madre, debía hacer todo lo

posible para conseguir su bien. En el hogar que formarían ambos, hogar hecho con pedazos de soledad, pues eso no podían negarlo, no podía haber lugar para la muerte.

Margaret leyó lo que acababa de escribir. Su letra era un tanto nerviosa, pero muy elegante y absolutamente limpia. Decía a Fred: «Por lo tanto no debe extrañarte el que yo trate de correr una aventura que ha de ser la más importante y al mismo tiempo la más sagrada de toda mi vida. Sé que tú no puedes abandonar Stubel porque te lo prohíbe tu cargo, pero si pudieras salir, si tuvieras la oportunidad de salir en busca de tu hijo, vuestro encuentro acabaría en un desafío a muerte. Por eso y porque es absolutamente necesario que alguien emprenda esa tarea, iré yo. A veces una débil mujer puede más que muchos hombres violentos y aun despiadados como tú, hombres a quienes han enseñado que la Ley tiene que ver mucho con la soga y el gatillo. Sé que encontraré a tu hijo "a nuestro hijo", y que él me acompañará. Una vez en Stubel tendré oportunidades de obtener para él el perdón. En todo caso es evidente que podría saldar su deuda con unos años de cárcel sin necesidad de ir a la horca. Por lo que me has explicado, adivino que sólo lo identificaron a él, y que en realidad desean tenerlo para someterlo a interrogatorio. Bien, eso no es cosa mía, Fred, pero comprendo que debo traerlo aquí. Una vez en Stubel, tú obrarás según tu conciencia, que al fin y al cabo no puede estar reñida con tus sentimientos de padre.

»No trates de buscarme durante ese tiempo. Yo calculo que mi viaje durará quince días, durante los cuales llegaré hasta Nevada y volveré de ella. Si no encontrase rastro de George, me daría por vencida al cabo de ese tiempo. En cuanto a los peligros que pueda correr, no te preocupes por ellos, porque soy esencialmente una mujer sensata.

»Recuerda tan sólo que cuando vuelva ya no nos faltará más que ultimar unos pocos detalles para nuestra boda, Fred. Recuerda que entonces seré tuya, tiernamente, devotamente, apasionadamente». Margaret dobló las hojas de papel, después de firmar la última, y las introdujo en un sobre, que cerró apresuradamente. En el anverso puso el nombre del *sheriff* Fred Burton y lo confió a su capataz para que lo entregara sin falta mediada la mañana siguiente. Luego se retiró a dormir.

Capítulo V

Nevada era tal vez en aquellos momentos la tierra más peligrosa de Estados Unidos.

Toda ella era un inmenso campamento, donde hombres y mujeres horadaban afanosamente el suelo en busca de oro o de la plata que había de hacerlos ricos en unas pocas horas. Los gatillos más famosos del Oeste estaban en Silver City, que a poco de su fundación ya había adquirido una trágica fama. Se suponía además, con cierto fundamento, que la mujer que iba sola allí era con el fin de obtener dinero a cambio de su belleza, y no podía esperar que nadie la respetase. Todo esto lo aprendió Margaret a poco de cruzar los límites del Estado, cuando vio que los lugares donde la diligencia se detenía, eran cada vez más miserables, y los hombres que contemplaban su paso eran a cada momento más patibularios. Además, Margaret oyó acerca de su belleza palabras y comentarios tan atrevidos y soeces que nunca creyó hubiera labios humanos capaces de pronunciarlos.

Pero no se arrepentía, a pesar de todo esto, de su decisión. Lo que pretendía era, ni más ni menos, que devolver la tranquilidad al espíritu de Fred Burton, el hombre que tanto había sufrido. Y porque se daba cuenta de que si George era ahorcado, siempre quedaría una mancha sangrienta entre los dos.

Tras cinco días de marcha, la diligencia se detuvo en Silver City. Margaret se había pagado el viaje hasta allí. Fue, desde luego, la única mujer que se atrevió a descender en semejante sitio.

Lo que la muchacha sintió al poner los pies en el suelo fue algo muy parecido al terror físico, a la desesperación. Nunca hubiese imaginado que pudiera existir un lugar parecido.

La que después y durante un tiempo sería opulenta ciudad,

estaba ahora en sus orígenes y no era más que un sucio campamento. Docenas y docenas de tiendas de campaña, barracones y cuevas se extendían por las colinas llenas ya de agujeros y galerías subterráneas. La gente que se movía en aquel caos podía decirse que estaba a tono con el infierno en que habitaban. Hombres barbudos que afilaban sus cuchillos, o engrasaban sus revólveres, mientras miraban a su alrededor con ojillos maliciosos, borrachos que dormitaban al sol, pistoleros bien vestidos que caminaban con movimientos indolentes, dirigiendo a todos una sonrisa burlona, mujeres de las más variadas edades que bailaban al aire libre, entre las tiendas, mostrando sus piernas a cambio de unas monedas, y sobre todo niños sucios y abandonados por todas partes… Ésa era la ciudad adonde llegó Margaret Larsen, guiada por su generosidad, para empezar su búsqueda. Y en el momento mismo de poner los pies en ella, sintió tal temor que estuvo a punto de volver a subir a la diligencia.

Y eso que Margaret no era una mujer miedosa. Había visto muchas cosas en Stubel de la que matan o quitan el miedo para siempre. Pero es que esto no era una situación temible, ni una persona malvada, sino toda una ciudad.

Margaret tuvo la sensación de que Silver City acabaría devorándola, pero pese a todo esto apretó los labios y decidió quedarse allí. Si George Burton estaba en alguna parte de Nevada tenía que ser en esta ciudad donde no había Ley, donde nadie se molestaría en perseguirle. Sacó del bolso un papel doblado que no era sino una copia del pasquín colocado en la puerta del *sheriff*, en Stubel y miró la imagen reproducida en él.

Quizá tenía la vaga ilusión de encontrar a George en seguida. Luego lo dobló y en ese momento una voz a su espalda dijo:

—No puede quedarse aquí, *miss* Larsen. Toda esa gente empezará a rodearla y a hacer comentarios dentro de poco. Creerán que es alguna artista recién llegada del Este. Permita que le busque un alojamiento.

Margaret se volvió sonriendo agradecida, pues había reconocido aquella voz. El mayoral de la diligencia que era el que acababa de hablar, se había mostrado durante todo el viaje muy solícito con ella. Era un hombre de unos cincuenta años, flaco, y de expresión siempre triste. Margaret accedió.

—Gracias, pero…, ¿cree usted que pueda haber aquí algún sitio donde una mujer pueda alojarse?

—¡Hum! No ha visto usted toda la ciudad. Silver City no es sólo el sucio campamento que se ve desde este lado. Detrás de la colina de la izquierda han empezado a levantarse algunas mansiones suntuosas, pues ya hay gente que ha encontrado plata en abundancia. No paramos allí porque esta diligencia transporta a gentes que casi exclusivamente siente interés por hacer fortuna, no por los que ya la han encontrado. Es decir, vienen al campamento. Pero yo la acompañaré con mucho gusto al otro lado.

—¿Y cree que habrá algún hotel allí?

—Precisamente un hotel, no, pero puede encontrar alojamiento. Quiero decir que hay casas donde se ofrece hospedaje a los viajeros. Eso sí, le costará cinco dólares diarios.

Margaret hizo un rápido recuento de sus posibilidades. Había traído consigo todos sus ahorros, pero no podría resistir más allá de cinco o seis días, teniendo en cuenta que debía abonarse el viaje de regreso. De todos modos cinco o seis días era también el tiempo máximo de que podía disponer; de modo que accedió.

—Le quedaré muy agradecido si me acompaña. Crea que sentí verdadero pánico.

—Siempre ocurre lo mismo al llegar aquí.

Recogieron las maletas y echaron a andar poco a poco. El mayoral tenía tiempo sobrado hasta que su ayudante cambiase los caballos de la diligencia.

—Silver City es un espectáculo que impresiona a cualquiera. Lo que no comprendo, *miss* Larsen, es lo que ha venido usted a hacer aquí completamente sola.

—He venido a buscar un hombre —y añadió con cierto tono de esperanza—: Tal vez usted lo conozca.

—Es posible. ¿Cómo se llama?

—George Burton.

El mayoral meditó unos segundos.

—Sí, ya le he oído nombrar. Es uno de tantos tipos reclamados por la Ley, a pesar de su juventud. Pero si quiere usted encontrarlo ha hecho bien en venir aquí. Éste es el verdadero refugio de todos los maleantes del Sudoeste, porque no hay *sheriff* ni nada que se le parezca. Y ahora permítame otra pregunta. ¿Para qué cuerno busca

usted a un tipo así?

—Para llevarlo a Stubel Es que, le parezca normal o no, yo voy a ser su madrastra.

El mayoral tuvo un acceso de tos. Estuvo a punto de dejar caer sus maletas a tierra.

—¿Quéeee?…

—No se sorprenda. Estoy prometida al *sheriff* Fred Burton, de Stubel. Y ese muchacho a quien busco es su hijo. Se ha descarriado y quiero hacerlo volver a la buena senda. Será el mejor regalo de bodas que pueda hacer a su padre.

Calló unos instantes, para luego, con sonrisa un poco picara añadir:

—No comente usted eso con nadie, se lo ruego. Tengo mucho interés en encontrar a George Burton, pero no quisiera que todo el mundo estuviese pendiente de mi búsqueda.

—Comprendo. No tema, *miss* Larsen. Aunque me permito decirle que se ha metido en un mal embrollo.

Caminaban en ese instante por un camino que serpenteaba entre dos colinas, pronto llegaron al otro lado de la vertiente. El espectáculo que se ofreció entonces a los ojos de Margaret tenía mucho de miserable y a la vez grandioso. Junto a las galerías de donde se extraía el mineral, entre montañas de residuos, desperdicios y barro, se empezaban a levantar mansiones que hubieran dejado asombrados a los mismos magnates de Nueva York. Edificadas con mármol y piedra blanca, destacaban tanto por encima de aquel ambiente que Margaret tuvo que tragar saliva dos veces para decirse de lo inmensamente contradictorio que era el mundo a que había llegado.

—Vamos a aquella casa, allí la alojarán.

El edificio que señalaba el mayoral era de madera, pero estaba bien cuidado y tenía dos pisos. Al cabo de unos instantes de caminar por entre peligrosos agujeros abiertos en la tierra, llegaron allí.

Un tipo de unos cuarenta años, vestido con tanta ostentación que parecía ridículo, estaba sentado en una mecedora, en el porche, fumando un gigantesco cigarro. Se levantó al verlos llegar.

—¡Desde que descubriste plata no se te puede echar el ojo encima, Glenn! —gritó el mayoral—. Llevas tanta pedrería encima

que el brillo le deja a uno ciego. ¿Puedo saber si tienes alguna habitación disponible en tu ilustre casa?

—Tengo disponible lo que me da la gana.

—Bueno, no te enfades. No es para mí sino para esta señorita.

El hombre se fijó entonces con más detalle en Margaret. Sus ojos se fueron abriendo hasta parecer dos platos redondos. Sus cejas se arquearon formando dos puentes de admiración. Y por fin, lanzó un silbido.

—¡Diablo!…

Margaret se sentía turbada y molesta, y evitaba mirar al hombre. Tenía los labios fuertemente apretados para no hablar. El del cigarro, al fin, dijo:

—Ya hay algunos huéspedes en la casa, pero me quedaron habitaciones. Puede pasar, guapa.

El del cigarro, el mayoral y la muchacha, entraron en la casa, que estaba muy bien construida y amueblada. El del cigarro fue delante, subiendo por una monumental escalera hacia el piso superior. Y entonces susurró el mayoral al oído de Margaret:

—No tenga ningún miedo a ése. Mira mucho, habla mucho, pero no hace nada. En el fondo es un pobre hombre.

El «pobre hombre», de todos modos, sabía clasificar a las mujeres. Y a Margaret debió catalogarla de primera categoría, porque se quedaba con la boca abierta mirándola de arriba abajo. Abrió un dormitorio magníficamente bien instalado y una vez hubieron entrado los dos, el mayoral depositó sus maletas en el suelo.

—Esto está bien, *miss* Larsen, y yo puedo marcharme tranquilo. Descanse usted y luego busque a su hombre, pero, sobre todo, no salga por la noche. Me alegraría que el viaje de regreso lo hiciese también en mi diligencia. Buenos días, *miss* Larsen.

El mayoral cerró la puerta, echando casi a empujones al otro. Margaret, tras dirigir una mirada circular a la habitación abrió las maletas y distribuyó sus ropas en el armario, hecho lo cual extrajo la copia del pasquín que llevaba doblado en uno de sus bolsillos.

Tenía un plan atrevido y hasta, en cierto modo, algo loco, pero que si George estaba en Silver City no le podía fallar.

Descendió a la planta baja, donde ya no estaba el hombre del cigarro, y valiéndose de unos alfileres clavó sólidamente a la

madera de la fachada el pasquín anunciando la recompensa por la captura de George Burton. Luego subió nuevamente a su habitación y se dispuso a esperar.

No tuvo que hacerlo durante mucho tiempo. Anochecía cuando alguien golpeó violentamente la puerta de su habitación y, sin esperar el permiso, abrió en seguida, entrando sin ningún miramiento.

El que acababa de hacer esto era un hombre.

CAPÍTULO VI

No era un hombre cualquiera, de esos que pueden estar media hora frente a una mujer sin que uno solo de sus rasgos se graben en el cerebro de ésta. No era tampoco un hombre guapo, de los que se recuerdan durante un tiempo. Era, sencillamente, un hombre que impresionaba.

Margaret entendía poco de belleza masculina, pese a lo cual podía decir que ese hombre que tan violentamente acababa de entrar en su habitación no destacaba por la hermosura de sus facciones. Más bien daba la sensación de que hacía todo lo posible por ser desagradable, por ser feo. Pero había tal virilidad en sus facciones, tanta reciedumbre, tanta esbeltez en su cuerpo, que Margaret quedó como anonadada unos instantes. Tuvo un encogimiento instintivo y se replegó sobre la butaca en que estaba sentada.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? El hombre tendría unos veinticinco años. Iba vestido con unas botas polvorientas, unos pantalones tejanos y una camisa a cuadros que estaba rota por dos sitios. Llevaba un cinturón canana con un revólver. Y una barba de un par de días perfilaba sus rasgos.

—¡Le he preguntado que quién es usted! En realidad Margaret lo imaginaba, pero no se atrevía a afirmarlo. El rostro reproducido en el pasquín y el que ahora tenía delante, eran algo distintos, quizá a causa de la expresión, pues la del hombre reflejaba tanto desprecio que una mueca que había en sus labios incluso deformaba todo su rostro. Se acercó dos pasos más y arrojó violentamente a la cara de Margaret un papel que llevaba estrujado en su mano derecha. Era el pasquín que ella clavara unas horas antes en la fachada de la casa.

—¡Soy éste! —gritó—. Éste cuya efigie ha anunciado usted como

en un mercado público, igual que si fuera una res ganadora en un concurso, un semental bien cebado. ¡Maldita sea! ¿Quién diablos se ha creído que es usted? ¿Qué se proponía al hacer esta estupidez? ¿Y en virtud de qué ha hecho esto? ¿Es acaso la querida de algún *sheriff*? Margaret se estremeció, irguiendo el busto altaneramente. Jamás había escuchado en tan pocos minutos una sarta de insultos semejantes. Aquel hombre parecía criado en las cuevas de las montañas, tal era su lenguaje, y además parecía saber exactamente qué palabras eran las más propicias para herirla. Toda su educación puritana y rígida se sublevó de repente contra aquella actitud propia de un cuchillero mexicano. Y el pensamiento de que ella, además, tenía una autoridad moral sobre aquel hombre, le dio fuerzas para decir:

—Quítese usted el sombrero cuando esté delante de mí, señor Burton.

El joven se lo quitó pero fue también para arrojarlo como un guiñapo a la cara de la mujer. Ésta se puso de pie con los dientes apretados, y las mejillas arreboladas.

—¡Está usted en la habitación de una dama, señor Burton! ¡Ya imaginaba que no sabe usted qué es una dama ni mucho menos lo que es una habitación, puesto que debe haber vivido siempre en una cuadra! Pero puede aprenderlo ahora, mediante unas lecciones que le daré. ¡Y ésta es la lección primera! Movió la mano derecha dos veces y dos veces le abofeteó. El hombre ni se movió.

—¿Esto es todo lo que sabe hacer?

—Creo que es suficiente para abrir una escuela.

—Está bien, mi lección primera es mucho más pacífica. ¡Siéntate! Le dio un empujón presionando su barbilla, y la hizo caer sobre la butaca. Margaret lanzó un gemido de impotencia, revolcándose.

—No te muevas —silbó el hombre—. Y dime quién eres.

—Me llamo Margaret Larsen.

El nombre no pareció traer ni el más mínimo recuerdo a la mente de George Burton.

—¿De dónde vienes, si es que el sitio de donde procedes se puede nombrar? Margaret se estremeció otra vez.

—¡Pregunta con educación y contestaré! ¡De otro modo no esperes que diga una sola palabra! Margaret se daba cuenta de que

ese sistema era más conveniente para llevar a feliz término la misión que se había propuesto. Había tenido mucha suerte al no fallar en su presentimiento de que George se encontraba en Silver City, y más suerte aún en lograr atraerlo tan pronto, pero con su actitud lo estaba echando todo a rodar. Se estaban convirtiendo los dos en enemigos irreconciliables, y luego sería muy difícil darle cuenta de las intenciones que la habían guiado hasta allí. Pero no podía obrar de otro modo.

Siempre había pensado que el hijo de un caballero como Fred Burton tenía que ser también por fuerza un caballero, aun cuando fuese en menor escala. Lo que no pudo adivinar es que fuese un granuja vestido de cualquier manera, que arrojaba su sombrero a la cara de las mujeres y que les daba empujones cada vez que quería invitarlas a sentarse.

No pudo tampoco prever que el hijo de Fred Burton fuera capaz de hablar de aquel modo por muy descarado que fuese. Y esto le producía una sorda ira, una especie de rabia secreta que no acertaba a dominar. Con gusto se hubiese levantado otra vez y abofeteado a George Burton hasta hacerse sangre en las manos, hasta que aquél comprendiera que no era modo de obrar. Pero George le daba un poco de miedo, ésa era la verdad.

Tenía la misteriosa sensación de que podía matarla con los ojos.

—Está bien, voy a preguntar con educación —respondió burlonamente—. ¿Quién es usted en realidad, *milady*? ¿De qué procedimientos piensa valerse en Silver City para sacar dinero a los hombres? Una oleada de calor subió al rostro de Margaret. Sus diez uñas se clavaron en el brazo de la butaca.

—¿Qué haces aquí, George? ¿De qué vives? —preguntó en lugar de responder.

—Busco fortuna —contestó él un poco sorprendido—. Todo el mundo en Silver City hace lo mismo.

—¿Y por qué procedimiento la buscas?

—Estás preguntando mucho, nena.

—Me repugna que me llamen nena. Pero contéstame. Te estoy preguntando con toda mi educación.

—Busco fortuna… Bueno, como todos. Ando detrás de una concesión minera, aunque bien es verdad que las mejores ya están registradas, y de otro lado existen motivos fundados para creer que

en Silver City ya no queda más mineral que el que se está extrayendo actualmente. Pero yo tengo mis ilusiones, qué diablo.

Margaret se mordió los labios. Contempló la soberbia apostura de aquel hombre y sintió pena de él. Un hombre así, tan perfecto, tan joven, tan tan… Bueno, no importaba no encontrar el calificativo exacto, pero había algo más. ¡Y que un hombre así se hubiera dedicado a vivir como un granuja, despreciando incluso el nombre de su padre!

—Y mientras esperas que esa concesión llegue a tus manos —susurró— ¿de qué vives?

El otro no se inmutó.

—Soy pistolero profesional.

—¿Pi… Pistolero?

—Sí, de esos que manejan un cacharrito que hace ¡pum! Y sale humo. ¿Es que no los has visto nunca? Me encargo de defender a un grupo de mineros, lo que es una labor honrada, aunque tú no lo creas. Aquí no hay *sheriff* ni Ley, y la gente tiene que recurrir a esos procedimientos para protegerse. ¡Ah! Eso de que no hay *sheriff* ni Ley explica que esté aquí, ¿comprendido? Te digo esto para que ya no quede nada por preguntar y poder, a mi vez, preguntar yo. ¿Qué pretendías al colocar ese pasquín? Margaret declaró la sencilla verdad:

—Llamar tu atención. Atraerte. Sabía que alguien te iría con la noticia si es que estabas aquí.

—Y así ha sido. En Silver City todo se sabe, aunque parezca que nadie se preocupa de nadie. En los garitos ya debe haber gente discutiendo sobre las dimensiones de tu cintura.

Pero, bueno, ¿y para qué querías atraerme? Te advierto que yo no tengo ni medio dólar… Aquel insulto fue superior a lo que Margaret estaba dispuesta a aguantar. Otra vez se levantó y volvió a abofetear violentamente al hombre, hasta hacerse daño en las manos y hasta que rechinaron de excitación sus dientes. Otra vez la ira, el dolor y hasta una sorda desesperación saltaron a sus ojos.

—¡No eres más que un canalla que no ha tratado jamás a una mujer honrada! ¡Todo lo que sabes hacer es manejar el gatillo y mover la lengua como los reptiles! ¡Sólo eso! ¡No eres digno de estar ante mis ojos ni de pisar el mismo suelo que el de las personas honradas! ¡Márchate de aquí, y procura que no volvamos jamás a

vernos!

George Burton, según se advertía claramente ahora, debía estar perplejo. No sabía por qué había ido aquella mujer allí ni comprendía el porqué de sus extrañas reacciones. Sin duda quería hablar con él pero no entraba en materia. Parecía como si sólo al verle hubiera sufrido tal desengaño que no fuese capaz de decir más. Pero desengaño, ¿por qué? ¿Qué le importaba a ella si él era o dejaba de ser un granuja? Eso era lo que no entendía George Burton.

—¡Sal de aquí! —gritó Margaret—. ¡Sal de aquí!

—Bueno, esto es lo más incomprensible del mundo. Primero quieres atraerme y luego me echas a puntapiés. ¿Puede saberse qué diablos te ocurre? Margaret volvió el rostro hacia un costado, como negándose a verlo.

—He sufrido un desengaño demasiado brutal, eso es todo.

George Burton se encogió de hombros, dirigiéndose hacia la puerta, como si aquel asunto hubiese dejado ya de importarle y lo diera por terminado. Desde luego no parecía sentirse desdichado por eso. Entreabrió la puerta y dijo:

—Me hospedo por el momento en un barracón conocido por el Pico de Oro. No es demasiado recomendable para una persona de sangre real como tú y espero que jamás se te ocurra poner los pies allí. Pero ya que tú me has enseñado tu guarida, yo quiero decirte dónde está la mía. Y además, darte un consejo desinteresado y solvente: lárgate de aquí. No sé qué has venido a hacer, ni en el fondo me importa, pero conviene poco a tu salud que continúes en Silver City. ¡Buenas noches, Hada!

Salió y cerró la puerta tras sí, de un golpetazo. Margaret se quedó blanca, con los puños apretados y la boca cerrada en una extraña mueca. Su corazón le hacía daño, como si una garra lo apretase.

CAPÍTULO VII

Decididamente Margaret se había equivocado. Su educación le acababa de jugar una mala pasada de la que seguramente se arrepentiría.

Ella ya debía haber ido preparada para encontrar a un hombre descarriado y de bajos instintos, cuya cabeza, al fin y al cabo, estaba puesta a precio por la Ley. Debía haber enfocado aquella entrevista con un sutil instinto femenino lleno de paciencia y dulzura, de condescendencia y espíritu de captación. Pero en lugar de eso se había dejado llevar por la ira al ver a un hombre que no le guardaba el menor respeto, que se permitía insultarla incluso, y el resultado había sido aquella entrevista borrascosa en la que no dijo a George nada de lo que tenía que decirle. Había dejado perder su golpe inicial al encontrarlo tan pronto, y ahora estaba en situación mucho más delicada que al empezar aquella aventura.

De un modo u otro, aquello no podía quedar así. La misión que se había impuesto estaba por encima de las consideraciones personales y de todo sentimiento como la ira o el desprecio. Debía tratar de ver de nuevo a George Burton y explicarle claramente los motivos por los que se encontraba allí.

Recordaba perfectamente el lugar donde él le había dicho que se alojaba: El Pico de Oro. Y como no era de esperar que después de lo sucedido él volviese a visitarla decidió arriesgarse a ir en su busca.

Una profunda turbación la acometió al pensar en esto. Ahora que había visto a George Burton le parecía mucho más difícil y antinatural lo que le tenía que decir. Tal vez la palabra exacta fuera ésta: antinatural. Ella, una muchacha al fin y al cabo, no podía decir a un joven de veinticinco años como él, que en adelante debía llamarle «madre». No podía exigirle respeto, obediencia y todas esas

cosas que a ella le parecían tan naturales vistas desde su ciudad, desde Stubel, y amparadas en el enorme prestigio moral del *sheriff* Burton, parte de cuya fuerza parecía trasladarse a ella cuando estaban juntos. De repente, sola en Silver City, se daba cuenta de que sería muy difícil explicar la verdad y más difícil aún que George la aceptase. Pero ahora que la aventura había empezado, no podía dejarla sin continuar.

Fue al Pico de Oro.

Éste era un local famoso en toda la ciudad, de modo que sólo tuvo que preguntar una vez para orientarse. El hombre que le dio la dirección exacta la miró de arriba abajo como si pensase que ella era una bailarina. Porque el Pico de Oro era un saloon, no muy elegante, desde luego, donde además se daba alojamiento a ciertos personajes de la ciudad. El mayoral debía conocer bien la fama de aquel lugar cuando no había querido conducirla a él pese a tenerlo tan cerca.

La calle en que se hallaba situado estaba formada exclusivamente por barracones de madera, y el correspondiente al Pico de Oro era el mayor y más sólido de todos ellos.

Varios tablones cruzaban el arroyo de lado a lado para que los clientes pasasen sobre ellos y no se hundiesen en el mar de barro que había a su alrededor. Tropezar dos individuos en un mismo tablón yendo en direcciones contrarias, solía originar riñas sangrientas, pues se consideraba algo así como una deshonra el retroceder primero.

Margaret pasó cuidadosamente por uno de aquellos tablones, dirigiéndose en línea recta al Pico de Oro. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que había hecho muy mal yendo sola a un sitio como aquél.

Desde uno de los extremos del arroyo, un individuo empezó a mover el tablón cuando ella se encontraba justamente en el centro del mismo. No necesitó ser muy hábil para que Margaret empezase a vacilar, haciendo difíciles equilibrios con los brazos para no caer en el mar de barro que había a ambos lados.

—¡Canalla! —gritó la muchacha—. ¡Deje las manos quietas de una vez! ¡Déjeme en paz! El individuo, un tipo de unos treinta años, bastante bien vestido, se echó a reír.

—No te inquietes, muñeca. ¡Ahora voy por ti! Corrió sobre el

tablón haciéndole oscilar de una manera alarmante, y cuando Margaret iba a caer, la recogió en sus brazos. Dominando difícilmente los intentos de la muchacha por defenderse, y lanzando estentóreas carcajadas, corrió con su carga y entró triunfalmente en el Pico de Oro.

Parecía como si todo el mundo estuviese esperando aquello. Docenas de rostros estaban ya dirigidos hacia la puerta cuando Margaret entró en brazos de aquel hombre.

—Mirad lo que he encontrado en la calle. ¡Mirad qué clase de visitas tenemos en Silver City! ¡Allá va, Jim! Margaret fue lanzada por los aires, y otro individuo la recogió en sus brazos. Éste tenía unas manos burdas, peludas, y quiso emplearlas inmediatamente. La muchacha lanzó un grito angustioso al darse cuenta de lo que iba a suceder.

—No te preocupes, muñeca. Esto no es nada. Y Jim te tratará bien.

El que la había recogido en la calle se lanzó hacia adelante, deseoso de participar también en la fiesta que se preparaba. Margaret se revolvió con todas las fuerzas de su juventud, pero no consiguió sino enardecer más a los que la habían raptado.

Por un instante, mientras sentía en su rostro aquellas manos burdas, miró a su alrededor. Rostros que delataban miedo, indiferencia o envidia le rodeaban por todas partes. Rostros de hombres para los que la vida o la honra de una mujer nada valían aunque fuese tan hermosa como ella. Y fue en ese momento cuando Margaret se dio cuenta de que nadie la ayudaría, y de que estaba tan a merced de aquellos dos hombres como si se encontrase con ellos en una isla desierta.

Pero fue también en ese momento de suprema desesperación cuando sonó aquella voz:

—Dejadla, angelitos.

La voz era suave, un poco burlona, y no reflejaba ninguna clase de ira. Más bien una especie de aburrimiento, como si aquel espectáculo fuese de lo más natural. Pero esa voz consiguió que los dos hombres dejasen a Margaret, la cual cayó al suelo, y se enderezaron.

—¿Qué quieres tú, farsante?

—Ya lo habéis oído. Que dejéis en paz a la muñeca.

Margaret, que había caído sobre las tablas del suelo se incorporó un poco. Vio las patas de las mesas, las botellas derribadas, las medias negras de las bailarinas que estaban sentadas en torno a las mesas y las botas de los hombres. Botas sucias, pero con rutilantes espuelas de plata. Entre un hueco de las mesas vio junto a la barra que ocupaba todo un lado del local, al hombre que había a su lado. Y su corazón sufrió un vuelco, un encogimiento, al reconocer a George Burton.

El joven no estaba en actitud agresiva ni mucho menos. Parecía como si aquella situación no le pareciera violenta; nada de eso. Tenía un vaso de *brandy* en la mano y terminó de llevárselo a los labios con una mueca de aburrimiento. Sus ojos grises, acerados, contemplaban, sin embargo, a los hombres. Sostenía el vaso con la izquierda, mientras con la derecha acariciaba suavemente la culata de su único revólver.

—No te metas en líos, Burton. Ya eres bastante conocido en la ciudad. Y puede que las cosas empiecen a salirte mal.

—Las cosas me están saliendo mal desde hace una montaña de años. Vamos, ayudad a esa señorita a ponerse en pie y pedirle perdón aunque sea ladrando. Me temo que no sabréis hacer otra cosa.

El llamado Jim arqueó los brazos.

—¡No me gustan tus palabras, Burton!

—Ni a mí me gusta tu cara. De modo que sí es sólo por eso, estamos en paz.

Margaret se dio cuenta de que aquello era un desafío. Había presenciado muchos en su vida, y todos le habían causado horror. Le causaban horror los muertos y mucho más si el que caía era hijo de Fred Burton. Sin darse cuenta de que hablaba, surgiendo la voz en contra misma de su voluntad, se encontró gritando:

—¡No sigas, George! ¡Esos hombres te matarán! ¡Si con esto has de darte por satisfecho yo los perdono, pero no sigas!

—Los que no te hemos perdonado somos nosotros, muñeca. Ese presumido no durará ni dos segundos, y entonces continuaremos la función.

Margaret ni siquiera lo oyó.

—¡Márchate, George! ¡No sigas aquí! Había en su acento tan desgarrada sinceridad que se sorprendió a sí misma. Sus manos

arañaron las tablas del suelo sin que se diera cuenta, y de un ágil salto se puso en pie.

Pero Jim volvió a derribarla de un manotazo.

—¡Tú, quieta!

—No debe preocuparse tanto por mí —indicó George con una media sonrisa lejana—. Le aseguro que nadie llorará en mi tumba. Pero de todos modos, gracias, señorita… ¿cómo me ha dicho que se llamaba? La casa entera pareció desplomarse sobre la muchacha.

—Me llamo Margaret —dijo arrastrando las sílabas con los dientes apretados—. Margaret Larsen.

—Bien, su nombre es muy hermoso y poético. El mío, en cambio, es un asco. Aproveche este minuto para salir de aquí, *miss* Larsen, y deje que yo me las entienda con estos dos amigos. De otro modo puede que su nombre poético, su figura de hada y su vestidito bien cortado, acaben en el fondo de una fosa. Usted no sabe lo que son esos tipos cuando se ponen a disparar. Tienen tan buena puntería que son capaces de matarla a usted aunque se encuentre a sus espaldas.

La frase, pronunciada con un acento indiferente y lejano sacó de sus casillas a los dos hombres.

—¡Está bien, Burton! ¡Ya hemos aguantado bastante! ¡Defiéndete! Los dos extrajeron los revólveres con velocidad alucinante, mientras George dejaba caer su vaso al suelo. Movió las dos manos, una para enderezar el revólver sin sacarlo de la funda y otra para amartillarlo. Se encogió, mientras dos detonaciones saltaban al aire y sus dos antagonistas se doblaron alcanzados en el centro del pecho. Un ronco alarido de sorpresa y de dolor acogió aquellos disparos de perfección alucinante. Margaret sintió que se le había secado la boca.

Y un grito se estranguló en su garganta al ver caer, mortalmente alcanzados a los dos enemigos de George.

Éste enfundó bien el revólver y caminó hacia ellos entre un silencio espectral, volviéndolos por si necesitaban alguna clase de ayuda. Pero si algo necesitaban eran los auxilios espirituales póstumos, porque ambos estaban muertos.

George Burton curvó los labios en una mueca de amargura, los dejo uno junto al otro y miró a Margaret fijamente.

—No puedes quedarte aquí. Te acompañaré a tu alojamiento.

La muchacha no podía ni hablar. Había visto hacer maravillas al *sheriff* Burton, pero al parecer éstas no eran nada comparadas con lo que podía realizar su hijo. Sintió que un sudor frío resbalaba por su rostro, que debía estar lívido.

—Ven, te lo ruego. Y olvida de una vez todo esto.

La tomó suavemente del brazo, acompañándola hasta la salida. Margaret no sabía si aceptar o no aquel contacto, pero sentía cómo quemaba su piel. El aire fresco de la noche, cuando salieron al exterior, fue para ella como una caricia.

—Todo esto ha sido… horrible, George. No encuentro otro calificativo que no sea el de horrible para explicarlo.

—Cosas como éstas suceden con frecuencia en Silver City, y sobre todo en El Pico de Oro. Ya has visto que nadie ha hecho demasiados aspavientos al terminar el duelo. Pero siento decirte que en el fondo lo has provocado tú al venir sola a este lugar. ¿Por qué lo has hecho?

Estaban en el porche y caminaban a lo largo de él. Sólo había algunos faroles de petróleo perdidos en la lejanía, y todo lo demás era penumbra. La noche estaba tan quieta y parecía tan profunda como los ojos de una mujer muerta. A la derecha, entre las tiendas del campamento, se veía hogueras y figuras confusas que danzaban en torno de ellas.

De repente se dio cuenta Margaret de que todo aquello tenía el aspecto de una noche mágica. Hasta sus oídos llegaban cánticos lejanos, unos agresivos, otros de añoranza, y esos cánticos se mezclaban con el pacífico croar de las ranas en las cercanas charcas. Todo a su alrededor era extraño, un poco fantasmagórico y casi irreal, pero lo más extraño de todo era aquel hombre. La noche estaba mágicamente llena de su presencia, de su voz y por mucho que Margaret quería pensar con independencia no podía lograrlo. Aquel hombre era la noche; es decir, todo. Era como una maldición, pero al mismo tiempo Margaret tenía la sensación de que si se alejaba de él en estos momentos se echaría desesperadamente a llorar.

—Dime: ¿por qué has venido hasta aquí? —insistió él soltándola. Y Margaret sintió cómo la tensión de sus nervios se relajaba al no sentir aquel contacto.

—Necesitaba verte otra vez. No sé qué ha ocurrido esta tarde,

pero lo cierto es que tengo la sensación de que los dos hemos enfocado las cosas muy mal. Sobre todo mi actitud ha sido sencillamente imperdonable.

—No nos hemos entendido, eso es todo. Pero no nos hemos entendido por tu deseo de no poner las cartas boca arriba desde el primer momento. Has venido a Silver City para decirme algo y no lo has hecho aún, ignoro por qué.

—Por el desengaño —musitó ella rápidamente—. Sólo por eso.

Margaret encontraba cada vez más difícil dar las explicaciones. Todo hubiera sido más sencillo de tener ella valor para decir: «Soy la prometida de tu padre y vamos a casarnos dentro de quince días». Eso lo explicaría todo y George comprendería en seguida el porqué de su interés en conocerlo y arrancarlo de aquel ambiente. Pero esto tan sencillo de decir en apariencia, representaba para la muchacha una verdadera muralla difícil de franquear. No porque estuviese avergonzada de su amor, ni porque hubiera flaqueado en su propósito, sino porque no sabía lo que George Burton iba a decir de todo aquello. Y por primera vez en su vida, Margaret temía lo que un hombre podía pensar. Este hecho asombroso le hizo comprender que no todo marchaba bien, que aquel hombre tenía «algo». Y esta convicción hizo aumentar sus alarmantes confusiones.

—Dime —repitió él en un susurro—. ¿A qué has venido? Ella entrelazó nerviosamente los dedos. Se mordió varias veces los labios.

—George, tienes que dejar esta maldita ciudad. Tienes que acompañarme.

—¿Acompañarte? ¿Adónde? ¿Por qué? Andaban por un camino solitario que serpenteaba entre las colinas. Estaba bordeado por agujeros sin cubrir y George tenía que sujetar constantemente a Margaret por el brazo para evitar que se cayese. Cada vez que la mano masculina entraba en contacto con su piel, ella sentía un estremecimiento.

A los lados de este camino había también grandes pilas de paja junto a un carro desenganchado que sin duda cargarían a la mañana siguiente. Nadie circulaba por allí, y aquel pedazo de mundo aparecía tan solitario como si el hombre no hubiese sido creado aún. Sólo los cánticos llegaban a intervalos, mezclados con los mil susurros de las alimañas que poblaban la noche.

George se sentó sobre una pila de paja, apoyando la espalda en la rueda de uno de los carros. Extrajo de su bolsillo un reloj de oro. —Margaret recordó que el *sheriff* Burton tenía otro igual— y se puso a darle vueltas monótonamente, sujetándolo por la cadena.

La muchacha vaciló unos instantes y terminó sentándose junto a él.

—Tienes que salir de este ambiente —murmuró ella—. Sabes de sobra que se ofrece una recompensa por tu cabeza, y que se te ha identificado como salteador de Bancos.

George rió. Su risa saltó a la oscuridad como una cosa poderosa, cálida.

—Aún no sé quién eres, Margaret, si un *sheriff* o mi ángel de la guarda. Pero lo que sí puedo asegurarte es que en veinticinco años nadie había sentido tanto interés por mí.

¿Qué es lo que pretendes?

—Te lo estoy diciendo: Sacarte de aquí.

—Si salgo de Silver City es cuando iré de cabeza a la horca, aunque sea más inocente que un pájaro. Pero olvidemos ese pequeño e insignificante detalle de la cuerda. ¿Adónde quieres llevarme si salimos de aquí? Margaret se mordió los labios.

—A tu ciudad natal. A ese sitio del que quizá guardes los mejores recuerdos y al que te gustaría volver.

—No guardo buenos recuerdos de ninguna parte, y menos de mi ciudad natal. Está en Colorado y se llama Stubel. Una podrida tierra, te lo aseguro. Allí se oye mugir las reses de día y de noche y se respira a todas horas el polvo que levantan sus patas. Los hombres, además, son de un exagerado puritanismo, pero de un puritanismo que suena como una moneda falsa. A cualquiera que tenga el espíritu libre se le hace difícil la vida allí.

—¿Por consiguiente, te repugnaría volver? —preguntó Margaret, con una expresión de alarma en los ojos.

—No puedo volver —rió él, y su risa volvió a brotar como algo poderoso y cálido en la noche.

Margaret, que se sentía presa de un extraño desasosiego, tuvo un estremecimiento.

Guardaron unos instantes de silencio, y de repente él la miró. Era tal vez una cosa inexplicable, pero Margaret tuvo la sensación de aquel hombre no la había mirado hasta este momento. Se había

limitado a verla, a darse cuenta de su presencia. Pero era ahora cuando la estaba contemplando como mujer, cuando su mirada iba de los cabellos rubios a los labios rojos un poco abultados y desafiantes, y desde la línea suave del cuello y el relieve juvenil del busto, a las manos entrelazadas sobre su falda y a los diminutos zapatos charolados que el camino había cubierto de polvo. Margaret se sintió de repente desnuda y sin defensa, ante la mirada penetrante de aquel hombre.

Y sin embargo, esta mirada no era agresiva, ni presuntuosa ni nada de como suelen ser las miradas de los hombres en tales circunstancias. Y, cosa más extraña aún, aquella mirada era pura, y parecía asombrarse de una forma ingenua de que tanta perfección pudiera existir. Era como si por primera vez George Burton se diera cuenta de la belleza soberana de Margaret. Y esa mirada cálida, insistente, pegada a su piel, hizo estremecer a la muchacha.

—¿Tú has amado alguna vez, Margaret? La pregunta era extraña. Todo era extraño aquella noche en la que todo parecía embrujado. Y no obstante esa pregunta fue tan certera que la mujer tuvo que cerrar los ojos, para que él no se diese cuenta de su turbación.

—Estoy enamorada de un hombre —dijo con energía.

Eso es lo que contestó a George, pero si en aquel momento la pregunta se la hubiese hecho ella a sí misma, no habría sabido qué contestar. Cuando besó al *sheriff* Burton, pensó que aquello era amor. Cuando se ofreció a él en matrimonio creyó que el amor hablaba por sus labios. Y no comprendió entonces por qué los poetas y los músicos habían dedicado sus vidas a cantar una cosa que al fin y al cabo era tan sencilla y que estaba hecha de amistad, de compenetración y de gratitud. Para ella el amor nunca había sido pasión. Pero ahora se daba cuenta de que entre un hombre y una mujer puede existir un latido peculiar, una fuerza que los une y que al mismo tiempo es capaz de destruirlos.

Cerró los ojos porque no quería seguir pensando y evitó mirar a George.

—¿Estás enamorada de un hombre? —susurró él—. ¿Y lo sabe?

—Sí.

—En tal caso debes haberlo hecho muy feliz.

La mirada de Margaret se ensombreció un poco. Seguía con la

cabeza vuelta y sin querer mirar a George.

—Si he de decir la verdad, ese hombre no es feliz, sino desgraciado.

Margaret esperaba con los nervios en tensión a que él preguntase: «¿Por qué causa?», para poder explicar los motivos de su viaje, el objetivo que se había propuesto, la verdad de todo, en fin. Pero George Burton no le preguntó nada de eso. Parecía sumido en otra clase de reflexiones, y de repente dijo:

—Eres muy hermosa, Margaret. No debiste de haber venido aquí.

—Ya me doy cuenta de la clase de peligros que corro.

Y por eso quiero regresar cuanto antes. Acabar.

«Acabar». Hasta ellos llegaba el olor fresco de la paja, el rumor de los cánticos lejanos, el susurro insinuante y sin otra posibilidad de compañía que la de sí mismo.

—Margaret.

No supieron cómo había ocurrido aquello. Probablemente ninguno de los dos lo sabría nunca. Pero de repente él la besó sin saber cómo, y ella también, sin saber cómo, permitió ser besada.

CAPÍTULO VIII

—Perdona —susurró él—. Ha sido la maldita noche.

—Maldito tú —susurró ella.

Sus palabras quedaron por un momento como flotando en el espacio. Margaret tenía los labios apretados, los ojos turbios, pero él no la veía porque estaba mirando insistentemente hacia otro sitio, como confundido por su acción. Los labios del joven estaban entreabiertos, pero Margaret no lo veía tampoco. Sólo se daba cuenta, ya demasiado tarde, de que la había besado otro hombre, y que éste era el único ante el cual, en la vida, nunca tendría derecho a ceder. Una congoja sorda, devoradora, le apretaba el pecho. Y una vergüenza que conmovía hasta sus fibras más recónditas le hizo repetir, sin siquiera darse cuenta de ello:

—Maldito…

Él se volvió. Sus facciones eran otra vez indiferentes y de nuevo causaba una extraña sensación de lejanía.

—Bueno, ha sido la noche; te lo acabo de decir. ¿Y es que tú no te has dejado vencer nunca por una noche? ¿Es que tú no tienes sangre?

—Tengo vergüenza.

—Bien, repito que lo siento. No hablemos más de esto. Y si ha de servirte para tu tranquilidad te diré que no suelo ir besando por ahí a todo el mundo. Te acompañaré a tu alojamiento y mañana habrás olvidado todo lo que acaba de suceder.

—No podré olvidarlo. Y es que yo soy la única mujer a la que tú no debiste haber besado jamás, George Burton.

Él se puso en pie, y ella le imitó. Pero su alta estatura la dominó por completo.

—Cualquier mujer cree que ella tiene más derecho que cualquier

otra a ser respetada. Eso, si se examina desde fuera, es una tontería, porque todas las mujeres tienen los mismos derechos, y lo que es falta para unas lo es también para otras. Pero no dejo de comprender que desde tu punto de vista debes creerte ofendida como nadie en el mundo. Perdóname y procura olvidar este asunto, que al fin y al cabo nadie conocerá. Soy hombre de pocas aventuras y de menos palabras. Te aseguro que no iré pregonando por ahí que te he besado esta noche.

Margaret se irguió sobre las puntas de sus zapatos con los puños apretados y tratando de dominar al joven. Pero tuvo la sensación de que éste volvería a besarla si quería y de que cuanto más tiempo permaneciesen juntos el peligro sería mayor. Tuvo miedo…

—No puedes compararme a ninguna otra mujer. ¡Yo soy la única en la que no puedes ni pensar siquiera!

—De acuerdo. Tú pareces una dama y yo no soy más que un pistolero reclamado por la Ley. Pero aparte de esto, ¿qué diablos ocurre para que tengas tantos aspavientos? Margaret tragó saliva. Había llegado el momento decisivo. Tenía que decir la verdad.

—Tu padre se llama Fred Burton…

—Sí, ¿y qué?

—Yo soy su prometida. Hemos iniciado ya el expediente matrimonial para casarnos dentro de pocos días.

No había apenas luna esa noche, y por eso Margaret no pudo ver hasta qué extremo palidecía George, pero sí observó la extraña mueca que formaban sus labios. De repente, dos manos la sujetaron por los hombros, dos brazos poderosos la zarandearon brutalmente.

—No puede ser. ¡Mientes! ¡Mientes!

—¡Te estoy diciendo la verdad! ¡Por eso estoy aquí! ¡Porque soy la prometida de tu padre! ¡Porque voy a convertirme en tu madrastra, en una mujer a la que tendrás que ver a distancia y respetar! ¡Porque perteneceré al único hombre contra el cual no podrás luchar nunca! Margaret temblaba. Brillaban de excitación sus ojos y su frente. George la zarandeó con tanta brutalidad, seguramente sin darse cuenta, que la arrojó dolorida contra la pila de paja. Pero desde allí siguió oyendo su voz.

—¡Tendrás que respetarme! ¡Soy una mujer con la que no puedes siquiera soñar! Una mano dura, caliente, fue hacia su vestido. Quiso levantarla y el vestido se rasgó.

Aquel «craac» suave, aquel leve susurro pareció llenar la noche. Los ojos de Margaret se contrajeron como los de un gato que se prepara a saltar.

—¡Suéltame!

—Te he soltado ya. Sólo quería levantarte de la paja. No lleves tu vanidad hasta el extremo de creer que voy a perder la cabeza por ti.

Margaret abofeteó al hombre. Lo hizo con todas sus fuerzas, mientras un pájaro nocturno pasaba junto a ellos y chocaba contra la paja.

—No quieres perder la cabeza. ¡Ni puedes!

—Si realmente me importaras algo, estúpida, lucharía contra quien fuese, ¿entiendes? ¡Contra quien fuese!

—No te importo, ¿eh? Entonces, ¿por qué me has besado? Las mujeres siempre tienen el don de hacer las preguntas más inoportunas, debió pensar George. Pero no contestó. Únicamente sus manos inquietas parecieron acariciar el aire, muy cerca del rostro de la mujer.

Margaret saboreó su triunfo. Fue un triunfo muy especial, que tenía algo de doloroso, pero por eso mismo tuvo algo de salvaje. George Burton se había peleado a muerte por ella, la había besado a ella, y ahora no podía negar que estaba ardiendo de deseo, que era como una fogata en la noche. Su triunfo loco, peligroso, que tenía mucho de derrota, la enardeció.

—Aguántate, George. Tasca el freno. Ahí estará tu castigo.

Las manos de él descendieron. Su aliento ardiente, entrecortado, quemó la piel de la mujer.

—¿Cuántos años tienes, Margaret? —preguntó con una extraña calma.

—Veinte.

—¿Y sabes ya cuántos tiene mi padre?

—Acaba de cumplir cincuenta. ¿Y eso qué importa? La seca bofetada la hizo caer nuevamente sobre la paja. Lanzó un gemido breve y sordo, mientras se mordía con tanta fuerza los labios que de ellos brotó sangre. Luego oyó la voz del hombre.

—Sí importa. ¡Y mucho, miserable embustera! Importa porque tú no le quieres ni le querrás nunca, porque él es simplemente el instrumento para sacarte de una situación difícil, porque lo estás

empleando, al fin y al cabo, como un pobre instrumento para tus fines.

Margaret fue a protestar. Quiso levantarse y sólo logró hundirse más en la paja. El ave nocturna que revoloteaba por ella la rozó con sus alas. Ahogó un gemido de horror.

—Vistes de luto —murmuró George con voz sorda—. No es difícil adivinar que has perdido a alguien muy importante para ti, posiblemente a tu padre. Y una mujer de veinte años no puede vivir sola al Oeste de Kansas, so pena de correr peligros en los que más vale no pensar. Habrás observado, girando la vista en derredor de esa población mezquina y pequeña que es Stubel, y no habrás encontrado más que a un solo hombre que mereciera ser considerado como tal: El *sheriff* Burton. Habrás pensado, además, que tendrá ahorrada alguna bonita cantidad, después de tantos años de vivir solo… Y a ese conjunto de pensamientos egoístas y fríos, calculados y metódicos, tú le has dado el nombre de amor. ¡Un amor que linda con las fronteras de lo sublime! Ya sólo te faltaba saborear tu triunfo y demostrar que pese a casarte con un viejo, seguirás siendo una mujer joven. Ya sólo necesitabas verme rendido ante ti, verme débil ante ese encanto maldito de tus ojos, de tu boca. Ya sólo necesitabas vencerme para estar sobre nosotros dos y saber que éramos tus esclavos. ¡Pues bien, has vencido! ¡Nunca he besado a una mujer como tú! ¡Nunca he tenido en mis brazos un cuerpo como el tuyo! Y eso, que no me lo oirás repetir jamás; eso, que será desde ahora como un secreto miserable en el fondo, lo digo en voz alta esta noche, ¡lo digo para que lo sepas durante toda tu vida, cuando no me atreva a mirarte! Para que lo sepas cuando estés junto a él, junto al otro. Pero después de esto jamás volverás a oírme decir nada. Te deseo mucha felicidad, Margaret Larsen. Y ojalá todos tus cálculos te proporcionen un feliz resultado.

Dio media vuelta y se alejó con pasos rápidos, largos y elásticos, sin que Margaret, derribada en la paja, pudiera hacer nada por detenerle. Pero antes de alejarse demasiado George Burton se volvió ligeramente para advertir:

—No volveremos a vemos nunca más, muchacha. Será mejor para los dos. Pero recuerda siempre cuando beses, cuando rías, cuando sueñes, que yo querría besarte, que yo querría reír junto a ti, que yo querría soñar contigo…, ¡a pesar de que te odio, a pesar

de que te desprecio con todas las fuerzas de mi corazón!

Capítulo IX

Silver City era una ciudad maldita. Un predicador metodista que llegó hasta sus límites cierta vez dijo que el Señor enviaría azufre ardiendo sobre ella y que la destruiría como a las ciudades pecadoras de la Biblia. Pero Silver City iba creciendo entretanto, y el lenguaje de los revólveres se había entronizado como idioma oficial en ella. No era posible permanecer en la ciudad veinticuatro horas más sin que algo grave le ocurriese.

Por lo pronto fue miserablemente robada. Cuando aquella noche, después de la tempestuosa conversación con George, regresó a la habitación en que estaba alojada, se dio cuenta de que sus dos maletas estaban abiertas en el suelo y que por éste habían esparcido algunas de sus ropas.

Pero ni un solo objeto de valor quedaba allí. Sus modestas joyas habían sido robadas, y, lo que era peor, había desaparecido también el cofrecillo en el que guardaba su dinero.

Margaret quedó anonadada. De repente tuvo la sensación de que el mundo se hundía bajo sus pies.

Fue en busca del dueño de la casa, al que había conocido en el porche aquella mañana, y lo encontró tumbado entre dos árboles, fumando con expresión beatífica un apestoso cigarro.

—Han entrado a robar. ¡Me han dejado sin nada! ¿Es que no se ha dado cuenta?

—Sí, hermana.

—¿Y no ha podido evitarlo? ¿No ha podido hacer nada para impedir que esos granujas huyesen con el botín? El dueño de la casa se encogió de hombros, y lanzó pacíficamente al aire el humo de su cigarro.

—Era un hombre armado con revólveres de esos que no se

encasquillan, hermana. Me ha robado algo a mí también, pero ¿qué se le va a hacer? Otro día le robaré yo a él, si puedo.

Pese a que Stubel era una ciudad que tenía mucho de endemoniada, y donde la gente no se distinguía por su moral, esta clase de filosofía que ahora escuchaba sonó nueva a los oídos de Margaret. Y le produjo tanta indignación que estuvo a punto de dar un puntapié al individuo, que tumbado en el suelo, se dedicaba ahora a echarle humo a los tobillos, como si esto le divirtiese mucho. Movió incluso la pierna, pero el hombre se adelantó a su gesto y se la torció haciéndola caer por tierra.

Había demostrado una fuerza y una habilidad increíble. Margaret, roja como una grana le insultó:

—¡Canalla! ¡Miserable!

—Yo estaba fumando tranquilamente, hermana, y ha venido usted y ha empezado a ponerse tonta. Lo que acaba de sucederle le hará aprender una moraleja que es la siguiente: «Cuando un hombre está tranquilo, hay que dejarle que pierda la tranquilidad por sí solo». No vuelva a meterse conmigo y no le sucederá nada de esto.

Margaret, furiosa, pero vencida, se levantó y fue a pasos rápidos hacia la casa. Por un lado sentía deseos de echarse a llorar, y por otro de lanzar maldiciones que hubiesen puesto encarnado a un conductor de diligencias. Pero no hizo ni una cosa ni otra, porque la tarea más urgente era pensar cómo iba a salir de allí sin dinero.

Claro que podía reclamárselo al hombre del cigarro, pero ahora sus relaciones no eran muy cordiales y resultaba dudoso que él se lo diese a cambio de nada. Se encerró en su habitación y empezó a pensar nerviosamente en cómo resolver aquello.

Una cosa era cierta: Estaba sin dinero para pagarse el viaje de ida a Stubel; no podía negarlo. No llevaba encima tampoco ninguna joya por la que pudiese pedir más de diez dólares. Sólo dos recursos le quedaban, siendo el primero de ellos el rogar al mayoral de la diligencia que la había transportado hasta allí que la llevase gratis hasta Stubel, donde estaría en disposición de pagarle. Y la otra posibilidad consistía en pedir dinero al hijo de Fred Burton.

No supo cómo se le había podido ocurrir aquello. De hecho ni siquiera lo llegó a pensar con claridad, sino más bien fue como una cosa vaga. Se vio ante George Burton en actitud humilde y rogándole que le prestase dinero para volver. Se imaginó lo que él

diría cuando la viese así, vencida y poco menos que implorante.

Naturalmente, en cuanto todos estos pensamientos tomaron forma en su cerebro resolvió que prefería enseñar las piernas en un saloon antes que recurrir a George Burton.

Y se durmió pensando en lo que haría a la mañana siguiente que sería acudir sin falta a la parada de la diligencia.

En efecto, a primera hora de la mañana, Margaret se había bañado, vestido y salido de la casa en dirección al otro lado de la colina. Vio que el tipo del cigarro estaba aún durmiendo bajo los árboles y se cruzó con varios grupos, de hombres que hablaron en voz alta de las perfecciones visibles e invisibles de su cuerpo. Pero Margaret, con los labios apretados y una expresión de fatalismo en los ojos, siguió adelante sin volverse una sola vez. Maldecía con tal intensidad el haber venido a Silver City que de buena gana se hubiese puesto a llorar de no haber sentido tanto temor al ridículo.

Tras la taquilla, en la parada de diligencia, había un tipo de unos cincuenta años y expresión viciosa que puso los ojos en su busto sólo verla entrar, y ya no los apartó de allí.

—Ayer por la mañana llegué aquí en una diligencia —dijo altivamente Margaret—. Me agradaría saber cuándo vuelve a Silver City el mayoral que la conducía.

—¿Por qué? ¿Vas a casarte con él?

—Guárdese para mejor ocasión sus estúpidos comentarios. Le he hecho una pregunta y usted debe contestarla. Para eso está aquí.

—Pues bien, guapa, ese mayoral no volverá a aparecer por aquí antes de diez días.

Pero yo te haré compañía, si quieres, mientras tanto.

Margaret se mordió los labios. No había esperado aquella respuesta, y ahora lamentó haber adoptado ya, al principio, aquel tono de gran dama porque lo que iba a decir a continuación no era propio de una dama, desde luego.

—El caso es que estoy momentáneamente sin dinero. Fui robada anoche. Y quisiera saber si me sería posible tomar la primera diligencia y no abonar el importe del viaje hasta llegar a mi destino, en Stubel, Estado de Colorado.

Margaret supo en seguida que no, que no era posible. Lo supo antes de oír la respuesta con sólo seguir la mirada del hombre, que continuaba clavada insistentemente en ella.

—¿Has venido a correr aventuras aquí, nena? En efecto, Margaret había venido a correr una aventura. Pero no lo dijo.

—Bien, todo puede arreglarse —sonrió el hombre torciendo la boca—, aunque la inspección de la línea no admite esa clase de favores. Mañana sale una diligencia hacia el Este. Ven a verme al anochecer y tal vez podamos llegar a un acuerdo.

Margaret volvió poco a poco la espalda. Había en su garganta una especie de nudo, y no era capaz de hablar. Echó a andar hacia la puerta, mientras el hombre gritaba:

—¡Eh! ¡Tú, estúpida mocosa, vuelve! ¡Me contento con poco! ¡Vuelve!

Margaret se mordió los labios otra vez, saliendo más rápidamente. Y se encontró en medio del inmenso campamento que era Silver City, sin dinero, sin amistades y sin ánimos para luchar. Sólo a George Burton podía recurrir, pero el hacerlo le parecía en estos momentos el paso más triste de su vida. Mientras tanto tenía la sensación de que Silver City la engulliría como un monstruo, de que acabaría con ella si continuaba allí una sola noche más.

Sus pasos la llevaron a pesar de todo hacia El Pico de Oro, pues era un camino que ya conocía. El dueño del saloon estaba en el porche, mirando a la gente, y desde luego la vio pasar.

—¡Eh! ¡Eh, muchacha! Margaret se volvió. Aquel hombre tenía un aspecto más inofensivo que los otros y en cierto modo inspiraba confianza. Fue hacia él.

—Menudo lío organizó usted ayer en mi local. Chicas como usted son un regalo para los ojos, pero son una maldición para los nervios. ¿Cómo le fue con George Burton?

Ella pensó que en este lugar debían conocer muy bien a George, puesto que vivía allí. Y por eso mismo expresó con toda claridad su opinión.

—Burton es un canalla.

—¿Cómo? Pero… ¿es que la ofendió de algún modo?

—No. No es exactamente eso. No lo creo capaz pero… ¡pero de todos modos es un canalla! El hombre, ante explicación tan clara, adoptó la actitud de encogerse de hombros. Años antes había renunciado a entender a las mujeres, y desde entonces le iba muy bien.

Pero a Margaret, sin embargo, le hacía el efecto de que su

problema podría entenderlo cualquiera.

—¿Quiere verlo? —preguntó el hombre—. Me refiero a George.

Margaret iba a decir que no, pero no resistió la tentación de dejar caer una frase burlona.

—Debe roncar todavía a pierna suelta, supongo.

—¡No, qué va! George está levantando desde las cinco de la madrugada. Todos los días se levanta a esas horas y recorre todas las minas. Es, quizá, el mejor experto en minerales que hay en toda la ciudad.

Margaret sufrió una contracción en la garganta, tanta fue su sorpresa.

—Pero… ¿es ése su oficio?

—¡Claro! ¿Qué otra cosa suponía usted?

—Él me dijo que… que protegía con su revólver a unos pocos mineros. Y que cobraba por hacerlo.

El del saloon volvió a encogerse de hombros. Esto parecía un gesto habitual en él.

—Bueno, él puede haberle dicho muchas cosas. Desde luego ha protegido a los mineros alguna vez contra los explotadores profesionales, pero, que yo sepa, sin cobrar nada a cambio. Y en cuanto a su pericia en todo lo relacionado con la minería puedo garantizarle que es cierto.

Margaret estaba más atónita y asombrada cada vez. No lo entendía. Nada de aquello le parecía lógico, ni claro, ni siquiera posible. Por eso preguntó:

—¿No está Burton reclamado como salteador de Bancos?

—Todo es posible, y algo he oído de esto también. Pero aquí no nos preocupamos demasiado por tales minucias. En esta ciudad el pasado de uno no tiene importancia. De todos modos quiero manifestarle mi extrañeza, puesto que hace dos años que George ni se mueve de aquí. En fin, si le necesita está en este edificio próximo. Es un lugar donde se analizan minerales. Está con su socio.

Margaret se encontraba sencillamente atónita. No sabía qué pensar, ni mucho menos qué hacer después de oír todo aquello. Pero un pensamiento se abría paso en su cerebro con fuerza irresistible, y ese pensamiento le decía que debía ver a George Burton.

Dio las gracias al dueño del saloon y se dirigió hacia el barracón

que él le había indicado. Su corazón acababa de abrirse a una nueva y lisonjera ilusión.

CAPÍTULO X

De todos modos si allí analizaban minerales, George tenía un modo de analizarlos muy extraño.

Porque dentro del barracón se oían las siguientes cosas.

Primero, maldiciones.

Segundo, golpes y gemidos.

Tercero, ruido de muebles al ser destrozados.

Si algo más le hacía falta a Margaret para no saber lo que le ocurría era aquello. Atónita se acercó a la puerta.

Y en este momento ésta se abrió. Salió de ella un tipo de unos cincuenta años, vestido de negro, con gafas de oro y bastón de empuñadura de marfil. Guardaba unos documentos en una cartera de piel de foca.

Detrás de él salió un hombre con la camisa ensangrentada y con más cardenales en el cuerpo que si hubiese tratado de detener a una estampida con una caña. Ese tipo parecía completamente hundido y derrotado, pese a que aún conservaba en el rostro una expresión rabiosa.

Detrás de él, por fin, salió George Burton.

—¡Y ahora lárgate, granuja! ¡Procura estar en California la semana próxima y olvídate de que conoces mi nombre! ¡Has tenido suerte esta vez! Margaret advirtió que aquel tipo se parecía algo a George. No mucho, pero algo. Y hubiese seguido observándolo con curiosidad de no haber sentido, clavada en su rostro, la mirada del joven. Una mirada que hacía daño.

—¿Qué quieres, Margaret? Por unos instantes ella había imaginado a un George distinto, a un ser incomprendido cuya única vocación consistía en analizar minerales y ser bondadoso con todo el mundo.

Eso al menos parecía dar a entender lo que poco antes le habían explicado de él. Pero ahora se encontraba de nuevo ante George Burton, tal como ella lo había imaginado siempre; un hombre un poco brutal, cínico para quien no existía más ley que la de su fuerza. Un hombre a quien nadie había logrado dominar y que se burlaría de ella en cuanto empezase a explicarle por qué había venido. Estuvo a punto de volver la espalda y alejarse de allí, pero cosa extraña, había en la misma hostilidad de la mirada del joven algo misterioso, magnético que le mantenía quieta y con los pies clavados en el mismo sitio. Apretó los labios, sin embargo, y se propuso no humillarse por muy violenta y desagradable que fuera su situación.

—He venido a hablar contigo.

Él iba a contestar algo, pero en ese momento le interrumpió el hombre vestido de negro, quien comenzó a agitar en el aire su cartera de piel de foca.

—La declaración de ese tipo está aquí. ¿Qué debo hacer ahora, señor Burton?

—Le ruego la presente al juez. Es el mejor modo de probar mi inocencia.

—Bueno, pero para eso tendré que desplazarme a Carson City. ¿Quién me pagará los gastos? George puso en las manos de aquel hombre un fajo de billetes. No había muchos, pensó Margaret, pero sí los suficientes para sacarla de su maldito apuro. Los ojos se le fueron tras ellos y George lo notó aunque fingió ignorarlo. El de la cartera de piel de foca se alejó raudo moviéndose a saltitos como un pájaro. Mientras tanto el de la camisa ensangrentada se había dado buena prisa en alejarse lo más posible de allí. De repente Margaret se dio cuenta de que estaba sola frente a George Burton.

—Bueno, pasa —invitó él—. No puedes estarte aquí parada hasta que descubran oro bajo tus pies.

—Está bien, pasaré, ya que tú lo dices.

La muchacha encajó bien las mandíbulas, con un gesto lleno de energía, y entró en el barracón.

Éste era muy sencillo en su interior, y el mobiliario no podía ser tampoco más simple: Dos sillas, un armario y una larga mesa donde había muestras de minerales amontonadas en el mayor desorden. Nada más. Ni una percha, ni un cuadro.

—Has tomado posesión de mi palacio. Siéntate.

Con gesto de reina a la que se rinden los homenajes debidos, Margaret se sentó.

—Tú dirás —murmuró George apoyándose en un borde de la mesa sin mirarla siquiera.

A Margaret le pareció muy difícil comenzar. Siempre le ocurría eso, le resultaba muy penoso plantear las cosas.

Y luego solía decirlas de una forma repentina, brutal, como cuando se declaró al *sheriff* Burton. Pero ahora tenía que obrar de otro modo, más cautamente.

—¿Quiénes eran esos hombres? —preguntó, por comenzar de algún modo—. ¿Invitados tuyos?

—Algo parecido. Uno era el notario de Silver City, pues aunque parezca mentira también hay aquí quien no se dedica a buscar plata. El otro era el hombre a quien confundieron conmigo en el asalto del Banco.

Margaret palideció. Y empezó a sentir que una cosa subía y bajaba por su garganta.

—¿Por consiguiente, tú…, tú…?

—Soy inocente, sí, si es eso lo que tanto te cuesta decir. Parece que te resulta inconcebible esa idea.

—No…, no, pero es que… En realidad, no había palabras que pudiesen explicar lo que en ese momento sentía.

Contra un George Burton culpable, tenía infinitos motivos de defensa, y a pesar de que se besaron había un resorte en su cerebro que le decía que eso fue en un momento de locura, en una crisis de exaltación que ya no volvería a repetirse. Pero ahora, de repente, ese resorte no funcionaba. No había nada que la alejase de George, que le permitiera despreciarle como arma de defensa contra él.

—¿Y… ha declarado? —balbució.

—Sí, claro. Nos hemos tenido que pelear un poco para eso, pero yo tengo más entrenamiento. Ese tipo venía a traer unas muestras de material para que se las analizase, y había tomado la precaución de hacerse acompañar por el notario para que éste certificase que eran suyas. Se ha llevado una buena sorpresa al verme, pues él me hizo acusar conscientemente valiéndose de su parecido conmigo. Seguro que al venir aquí no sabía que era yo quien trabajaba en el análisis de los minerales. Naturalmente, y ya que el notario estaba

delante de nosotros, la confesión ha resultado perfecta.

Margaret bajó los ojos. Estaba tan nerviosa que le temblaban los párpados y de este modo trató de disimularlo.

—No sabía que te dedicabas a los análisis de minerales. Ése es un oficio muy digno, y yo —añadió recalcando las palabras— ignoraba que tuvieses un oficio honrado.

El joven no se ofendió. En realidad, parecía que las palabras resbalasen sobre él y que nada le hiriese. Se encogió levemente de hombros y dejó su asiento para encaminarse hacia una de las ventanas que había en el barracón. Margaret admiró, en contra de su voluntad, aquel perfil enérgico, duro, que las huellas de unos recientes golpes aún hacían más viril. Mientras su voluntad le decía que volviese el rostro hacia otro sitio, sus ojos estaban posados en aquella amplia espalda del hombre, en su nuca poderosa semi cubierta por una rizada cabellera negra y en sus largas piernas, que se movían con agilidad y elegancia, como las de una pantera joven. No quería pensar en todo esto, pero su mente no podía dejar de recoger el mensaje que sus sentidos le enviaban. Y ese mensaje era tan intenso que llegaba a hacerle daño. Era tan angustioso que le encogía el corazón.

George estaba ya junto a la ventana y la miraba. Una especie de nube negra había pasado por sus ojos.

—¿Qué quieres, Margaret? —repitió.

Ella entrelazó los dedos, nerviosamente, pues se sentía lo mismo que una chiquilla en su presencia. ¡Ella quería exigirle el respeto y la subordinación debida a una madre!

—Si ese hombre ha declarado su culpabilidad, ya nadie te perseguirá —susurró como dando vueltas a aquella idea que de repente lo había cambiado todo—. ¡Podrás volver libremente a Stubel y abrazar a tu padre!

—No quiero abrazar a mi padre.

La frase surgió brutalmente de los labios de George Burton. Margaret se estremeció.

—George…, pero ¿qué dices?

—Sé perfectamente lo que digo. Y no me hagas hablar más de ello porque sólo conseguirás aumentar la molesta tensión que ya existe entre tú y yo. Explícame de una vez a qué has venido y será mejor para los dos.

—He venido a pedirte dinero.

Ya estaba dicho, con la brusquedad que era habitual en ella. Después de pensarlo tanto, después de dudar tantas veces sobre el modo más conveniente de abordar aquello, lo había lanzado de la forma menos educada y diplomática posible, exponiéndose a echarlo todo a perder. No la tranquilizó el hecho de que en los ojos de George no hubiese aparecido furor, sino sorpresa. Las sorpresas de aquel hombre podían acabar de la manera más violenta e inesperada.

—¿A pedirme dinero? ¿Tú? Y de repente George Burton se echó a reír. Se echó a reír de una forma un poco dolorosa, amarga, pero que a Margaret le deshizo los nervios. Fue hasta la mesa de nuevo, se apoyó con una mano en ella y con la otra se tapó la boca para disimular sus carcajadas. Margaret, pálida de rabia, se puso de pie.

—Me gustaría saber qué tiene de graciosa esta situación. Qué tiene de gracioso el que una dama como yo se vea precisada a solicitar ayuda de un perro.

El nuevo insulto no afectó tampoco a George Burton. Se fue poniendo serio al ir cesando poco a poco la risa, de una forma natural y paulatina, pero no por lo que Margaret le había dicho. Luego volvió a sentarse, como antes, en el borde de la mesa.

—¿Por qué no se lo pides a mi respetable padre, como anticipo de lo que piensas arrebatarle en cuanto te cases con él? Margaret levantó las manos como si fuese a golpearle otra vez, pero se contuvo.

—Estás loco, George. Pero además eres un loco que no tiene ninguna gracia.

—Locos lo estuvimos los dos, amiga mía. Lo estuvimos y lo estamos ahora, permaneciendo uno junto a otro, mirándonos a los ojos, adivinando nuestros pensamientos, confesándonos en voz alta nuestros secretos. —Su voz se hizo dura, nerviosa y sus manos parecieron acariciar el aire—. Estamos locos porque hay fuego entre los dos, Margaret, y si seguimos viéndonos un minuto más, los dos estaremos condenados. Porque yo jamás había sentido lo que siento por ti y porque si te sigo viendo sé que pecaré cien veces y que llegaré a hacer cualquier cosa con tal de tenerte entre mis brazos. No tenías que haber venido aquí, pero ya que lo has hecho, ya que nos hemos vuelto a encontrar, obremos los dos de acuerdo para que

ésta sea la última vez. ¿Es para volver a Stubel el dinero que necesitas?

Margaret sentía como una oleada de sangre en su rostro, en toda su cabeza. Dijo:

—Sí.

—Está bien. Te lo daré. Si no lo tengo yo, lo conseguiré como sea. Dime cuánto precisas.

—Cincuenta dólares.

—Los tengo. Puedes contar con ellos.

En una de las paredes, colgando de un clavo, había una chaqueta de piel, George fue hacia ella y extrajo de sus bolsillos unos cuantos billetes, que tendió a Margaret.

Ésta sintió una sensación angustiosa al tender la mano y aceptarlos. ¿Puede una mujer vender la felicidad de toda su vida? Pues Margaret supo que la vendía por cincuenta dólares. Supo que si se marchaba de allí, ya nunca más volvería a ver a George, ya nunca más volvería a ser joven, a tener pasiones, a vivir. Si se marchaba de allí sería para convertirse en la esposa de un viejo *sheriff*, para habitar en una casa llena de recuerdos, con una vieja Biblia familiar, una chimenea que se encendía los días de invierno y una vieja escopeta con la que George jugó cuando era un niño.

—George, yo… voy a marcharme en seguida.

Deseaba que él le dijese: «Quédate». Margaret lo hubiera arriesgado todo después de oír estas palabras: «Quédate», y ella se hubiese quedado. Hay cosas tan sencillas en la vida de una mujer, y tan claramente las expresan sus ojos que parece mentira que los hombres no las comprendan. Pero George no pareció comprenderlo. No pronunció la palabra que hubiese cambiado la vida de Margaret, la que la hubiera arrojado en sus brazos y la hubiese hecho olvidar todo su pasado de muchacha atormentada y dócil.

George sólo despegó los labios para pronunciar la palabra exactamente contraria a la que ella deseaba.

—Lárgate.

La ira brotó de pronto en el corazón de Margaret. Sí que la había entendido, sí que sabía lo que ella deseaba. Y la había despreciado con una sola palabra, sin ni siquiera fruncir los labios, sin cambiar la expresión indiferente de sus ojos. Era tan maldito, tan odioso, como ningún hombre de los que se cruzaron en la vida de Margaret.

Apretó los dientes.

—¿Ni siquiera me preguntas por qué necesito dinero?

—Porque quieres marcharte de aquí. Ya me lo has dicho.

—¡Lo necesito porque me robaron! ¡Porque estoy sola en esta ciudad condenada y eres la única persona a quien conozco! Pero ese dinero me quema en las manos, ¿me comprendes? ¡Me quema en el corazón porque procede de ti, porque siempre te deberé algo! ¡Y no me gusta deber nada a las personas que odio! George Burton se inclinó un poco hacia ella. Quemaba el aliento de la mujer, quemaba el aliento del hombre. «Si ahora me besase me dejaría caer en sus brazos». Esta idea pasó como un relámpago por la mente de ella. «Si ahora se portase conmigo como lo hizo anoche, arrojaría estos cincuenta dólares a una hoguera». Seguía quemando su aliento, quemaban también sus manos.

Pero él la despreció otra vez. No era posible que no la hubiese entendido. No era posible que no supiese leer en sus ojos, en el dibujo de sus labios. Dijo sencillamente:

—Vete de aquí, Margaret.

Ella hundió la cabeza. Retrocedió dos pasos.

—Esta misma mañana sale una diligencia, George. Adiós.

Fue hacia la puerta y la abrió. Y ya desde el umbral lanzó aquella frase venenosa:

—Te invitaremos a nuestra boda.

Cerró la puerta cuando él ya lanzaba contra ella una de sus muestras de mineral. Y echó a andar rápidamente, aturdido el corazón, mientras las diez uñas del hombre se clavaban en la madera de la mesa.

CAPÍTULO XI

Nevada, Utah, Colorado. La diligencia devoraba las millas en su rápido camino hacia el Oeste. Los desiertos fueron sustituidos por las praderas y después por los ranchos diseminados por las llanuras. A cada nueva etapa que la aproximaba a Stubel, Margaret sentía cómo se le encogía más y más el corazón. Sentía cómo la vida quedaba detrás, dejando solo ante sus ojos un porvenir lleno de incertidumbre y tinieblas.

Siempre que pensaba en el viejo *sheriff*, lo recordaba con ternura, con admiración.

Durante un tiempo ella creyó que era el amor y que con ello había suficiente para cimentar una vida. Ahora se daba cuenta de que sufrió una terrible equivocación, pero ya no había tiempo de rectificarla.

Una actitud distinta de la que había adoptado, quedándose, por ejemplo, en Silver City, le hubiera parecido innoble e indigna de una mujer de sentimientos. Porque además, quedarse junto a George, habría sido un pecado sin nombre. Bastante lamentaba haber deseado sus besos tan locamente.

Y ésta era la causa de no haber insistido para que él la acompañase a Stubel. Estar juntos los dos, durante varios días, en el interior de una diligencia y en las modestas paradas de las rutas, hubiera sido sentir constantemente los latigazos de la pasión, del deseo, y en definitiva, del mal. Hubiese sido entregar su alma al demonio del amor, pues para Margaret tenía ahora el amor una fuerza diabólica.

Nevada, Utah, Colorado… Margaret hubiese deseado que aquel viaje no terminase nunca, pero fue increíblemente breve. Un anochecer, cuando ya el sol del crepúsculo teñía de rojo el

horizonte, reconoció a lo lejos la silueta familiar de las casas de Stubel.

No había advertido a nadie de su regreso. Por ello, cuando la diligencia se detuvo, ninguna mano fue a su encuentro ni nadie miró especialmente su rostro. Los viejos porches de Stubel, la conocida ruta polvorienta, e incluso los alegres letreros del saloon, le produjeron una sensación de tristeza y de agobio de la que no supo evadirse, y cuando descendió del carruaje y puso pie en tierra, parecía realmente como si su vida se hubiese quedado atrás.

Grieg, el encargado de la casa de Postas, se ofreció a llevarle las maletas.

—Ya ha sido vendido su rancho, señorita. Y también está ya comprometida su casa de la población pero por el momento sigue siendo suya. Va usted allí, supongo.

—Sí —contestó Margaret con un soplo de voz—. De momento voy allí, Grieg. Gracias.

—¿Ha estado usted muy lejos? Oí decir que había llegado hasta Nevada.

—Sí, a un lugar perdido al que llaman Silver City, allí, Grieg.

El de la casa de Postas era un hombre discreto y no le preguntó qué había ido a hacer a semejante lugar. Margaret no tenía ganas de hablar y no se lo explicó tampoco. Pero Grieg sonreía al acompañarla.

Llegaron a la casa.

Sobre el porche era bien visible un letrero que decía: «En venta». Los cristales estaban sucios, y un par de tablas de la fachada se veían desgajadas. La sensación de aguda tristeza que ya había acometido a Margaret al llegar a Stubel, se hizo insoportable.

Grieg dejó las maletas junto a la puerta, despidiéndose, y ella entró en la casa. Una espantosa soledad lo envolvía todo. Un silencio que agobiaba parecía haberse pegado a las paredes. Encendió la luz.

Fue a su habitación donde abrió las maletas, y tras asearse se cambió de vestido. No se preocupó de saber si estaba bella o no, aunque en este momento su palidez aumentaba su hermosura. Con una mueca grave en el rostro, sintiendo frío en las manos, fue hacia la casa del *sheriff*.

Se dijo por centésima vez que apreciaba a Fred, que era ella

misma la que había deseado casarse con él. Pero hacerlo significaba renunciar a George para siempre, y además renunciar de un modo que le hacía daño en el corazón. Porque en muchas ocasiones tendría que vivir junto a él, tendría que aceptar sus besos en la mejilla y tendría que decir, mordiéndose los labios, que era feliz cuando viniera a visitarla si ella y el *sheriff* tenían un hijo.

A esta hora, el *sheriff* probablemente ya no estaba en su oficina, sino en su casa, solo y quieto junto a la chimenea.

En efecto, Margaret vio luz a través de una de las ventanas. Subió al porche y llamó quedamente a la puerta.

La abrió el propio *sheriff* Burton. Su rostro se transfiguró al verla.

—¡Margaret! La muchacha le miró. Le miró de la cabeza a los pies, meticulosamente. Como si sólo hubiese de verle una vez en su vida y desease conservar bien sus rasgos. Se dijo que el *sheriff* Burton era un auténtico hombre, que aún podía hacer temblar entre sus brazos a una mujer, pero había mucha diferencia entre él y el perseguido George. No por la juventud ni la belleza física, sino porque en George había algo que estremecía. Posiblemente era su personalidad un poco avasalladora, absorbente, o las contradicciones que envolvían su vida. Pero Margaret supo ahora que sólo las circunstancias la habían empujado hacía el *sheriff* Burton, mientras que toda su sangre, sus pensamientos y sus deseos, la empujaban en silencio hacia su hijo.

—¡Margaret! Cuando Fred pronunció su nombre por segunda vez, ella se dio cuenta de que llevaba un rato en silencio, hundida en sus reflexiones. Y entonces se dijo que era una miserable, que había dado palabra de matrimonio a Fred y que debía cumplirla. Todo cuanto había pensado hasta aquel momento, aun no siendo falta para nadie, puesto que ella era aún una mujer libre, no denotaba más que miseria moral. Y el arrepentimiento fue por unos momentos tan intenso en el corazón de Margaret que se encontró sin saber cómo en los brazos del *sheriff*, apoyada en su pecho y sollozando como una niña.

¿Qué te ha ocurrido, Margaret? ¿Te ha maltratado alguien? Dime: ¿has visto a George? Ella se apartó suavemente, fue hacia una de las butacas de la chimenea y se sentó en el borde, con la espalda rígida y las manos plegadas sobre la falda. Todos sus

músculos se habían puesto extrañamente en tensión, con sólo oír aquel nombre.

—Sí, lo he visto.

—¿En Silver City? Margaret levantó la cabeza.

—¿Cómo lo sabes?

—El juez de Carson City me telegrafió hace unas horas. No fue George el hombre al que se reconoció como salteador de Bancos. Alguien había confesado en Silver City, huyendo después. Desde luego, se ha ordenado a todos los *sheriffs* que retiren los pasquines ofreciendo una recompensa. En este momento George ya no es un hombre que tenga cuentas pendientes con la Ley.

Esto, pensó Margaret, aún venía a hacer más difícil las cosas. George era un hombre digno, tan digno como su padre; podría presentarse en Stubel en cualquier momento, detenerse ante ella y mirarla. Podía asistir a su boda, puesto que ella misma le había invitado. Podía desearle muchas felicidades y estrecharle la mano mientras sus miradas chocaban.

—Esto te habrá producido una gran alegría —susurró.

—Sí, aun cuando George no merezca grandes consideraciones. Él mismo se ha buscado todo lo que le ocurre.

Margaret se mordió los labios.

—¿Por qué no vivís como padre e hijo? ¿Qué es lo que tanto os desune a los dos?

—¡Bah! Tonterías pasadas. Su maldito carácter independiente y rebelde. Pero eso no nos importa ahora, Margaret. Hoy mismo he vuelto a hablar con el pastor, y dentro de tres días podremos casarnos.

La muchacha tenía los ojos bajos. Sacudió la cabeza un poco.

—George no ha venido conmigo. Y probablemente no querrá venir a la ceremonia. Pero yo…, yo… —Las palabras se detenían en su garganta, negándose a salir—… yo creí que estarías enojado conmigo, Fred, porque me marché sin darte apenas una explicación. Pero ni siquiera me has preguntado qué me sucedió para llegar a tomar una determinación así.

El *sheriff* sonrió con indulgencia.

—No hace falta ser muy listo para imaginarlo. Tu carta, en realidad, fue más clara de lo que tú misma supones. Y sentí tal agradecimiento hacia ti que de haberte tenido delante en este

momento te hubiera besado las manos. No importa que no hayas logrado nada, puesto que tu intervención vale como si lo hubieses conseguido todo.

La muchacha tembló. Poco podía sospechar Fred lo que ella había conseguido en Silver City.

—Está bien, Fred. Nos casaremos dentro de tres días. Te ruego lo dispongas todo para que no celebremos ninguna ceremonia ostentosa. Mi luto reciente y el hecho de que tu hijo no esté aquí, parecen aconsejar la máxima moderación en esto.

Él se acercó dos pasos, estrechándole las manos.

—Así se hará, Margaret. Todo será muy sencillo. Inmediatamente después de la ceremonia partiremos para Denver, donde permaneceremos una semana. Ya tengo el permiso concedido. Si tú lo deseas podremos ir más lejos, pero quisiera ahorrarte fatigas.

—No, Fred. Vayamos lo más lejos posible. Vayámonos lejos de aquí, lo más posible. Para mí es un cambio de vida tan importante que…

La presión de las manos de él se hizo más intensa.

—Comprendo, Margaret. Procuraré que tu cambio de vida se realice sin ninguna dificultad para ti. No temas. Iremos tan lejos como tú quieras.

Se adivinaba que quería decirle algo más importante, que quería estrecharla en sus brazos, pero había algo en la atmósfera de la habitación que se lo impedía. Algo había en la expresión de Margaret que no hablaba de amor.

—Debes perdonarme, Fred. Comprendo que en estos momentos no soy, lo que se dice, una novia cariñosa. Pero es que he vivido emociones muy contradictorias últimamente y ahora estoy cansada. Mañana volveré a visitarte con más tiempo y hablaremos más en concreto de nuestra boda.

Se puso de pie. «Nuestra boda». Tal vez no había pronunciado nunca palabras tan falsas como aquéllas. Fred, por delicadeza, la dejó acercarse a la puerta y marchar sin pedirle ni siquiera un beso de despedida.

Fue ella la que le besó junto a los labios, pero al hacerlo su rostro temblaba.

Salió a la calle y otra vez se vio acometida por la soledad, por la

tristeza. Pero pensó que si lograba conciliar el sueño durante unas horas, a la mañana siguiente lo vería todo de distinta forma.

«No hables, corazón —se dijo a sí misma—. No digas jamás lo que sientes, porque desde este momento te está prohibido…». Su casa estaba silenciosa y oscura. La puerta rechinó al abrirse. Margaret pasó al interior y encendió la luz.

Y de repente lanzó un grito.

Porque George Burton estaba allí.

CAPÍTULO XII

El joven estaba sentado en una vieja mecedora que había en un rincón de la pieza. La luz de la lámpara iluminó primero sus botas tejanas, luego su pantalón desgastado, de color azul, y por fin su camisa y su rostro. Sus ojos estaban fijos en la muchacha, y sus manos reposaban quietas sobre los brazos de madera. No se movió cuando Margaret tuvo que apoyarse en la mesa como desfallecida, ni cuando los ojos de la mujer, extraviados, fueron hacia la puerta como si quisiera salir huyendo.

—¿Qué haces aquí, George? —Logró balbucir al fin—. ¿A qué has venido?

Él se puso de pie, su alta estatura dominó a la muchacha, y el brillo gris de sus ojos le produjo un estremecimiento Ella retrocedió poco a poco hasta que su espalda rozó la pared del fondo, y entonces se dio cuenta de que ya no podía retirarse más. Al llegar hasta la pared ya había salvado su dignidad de mujer que no desea ser besada. Ahora, acorralada por el hombre, ya no sería responsable de nada de lo que ocurriese, de nada de lo que ella deseaba con todo su corazón. «Soy una hipócrita». Pero si en ese momento el hombre se hubiese marchado, renunciando a ella, es posible que se hubiera puesto a llorar.

—¿A qué has venido, George? —repitió.

—He venido a buscarte.

—Tú estás loco. Y lo peor es que me harás enloquecer a mí. No hace ni cinco minutos estaba hablando con tu padre, y hemos acordado casarnos dentro de tres días.

Él encajó las mandíbulas.

—Está bien. Hablaré con mi padre.

—¡George, tú no puedes hacer eso!

—Yo puedo hacer cualquier cosa. Procura que esta idea penetre en tu cabeza. Si es lícito luchar por una mujer a la que se ama, si mi padre va a cometer una equivocación, resulta lógico que yo luche por conseguir una cosa y evitar otra. He venido a Stubel a uña de caballo solo con ese objeto.

Margaret temblaba junto a la pared. Tenía los puños tan apretados, debido a la tensión nerviosa, que los dedos le hacían daño. Sentía la respiración del hombre muy cerca de la suya, muy cerca.

—George… Pero ¿tú me amas?

—Te quiero como un loco. Me enamoré de ti en el mismo instante de verte, pero entonces creí que eras una aventurera… Hubiese querido abofetearte y no pude. Luego fingí indiferencia, fingí desprecio, fingí todo lo que un hombre puede simular. Pero ahora ya he llegado al límite. Cuando semi oculto en un porche, te vi partir en la diligencia, me di cuenta de que la ciudad entera había muerto para mí. Sin ti, Margaret, soy como un pobre ciego que da manotazos al aire. Sin ti no siento más que el vacío, el dolor, y hasta un secreto odio por todo lo que me rodea. Tienes que casarte conmigo, Margaret, porque… —Parecía como si le costase decir aquella frase, aquella última afirmación—… porque lo necesitamos los dos.

Temblaron los labios de ella.

—Tenías que haberme pedido que me quedase en Silver City, George. Allí todo hubiese sido distinto. Era otra ciudad, y allí no estaba Fred Burton para mirarme con ojos de desprecio. Ahora tengo que sacrificarme porque he dado mi palabra… Y tú tienes que sacrificarte porque no puedes luchar contra tu propio padre.

—No lucho contra él —dijo George con voz lenta—, sino contra su equivocación. Cuando se diese cuenta de que no puedes amarlo, sería ya demasiado tarde.

—Dices esto porque no le aprecias. Porque vivís separados desde que eras un niño.

Él sonrió tristemente, volviendo un poco la cabeza. Sus ojos adquirieron un extraño brillo.

—Siempre le he apreciado, Margaret, pero una vez, cuando tenía quince años, le vi ahorcar a dos hombres que luego resultó que eran inocentes. Le vi matar en desafío a tres más por haber alborotado

durante una sesión pública del Consejo Municipal. Hace diez años la sangre corría en Stubel como el agua por los arroyos en invierno. Mi padre creía que esta tierra sólo podía pacificarse y ser curada con dos medicinas: la soga y el plomo. Estaba tan fanáticamente convencido de este sistema que todos los regalos que me hacía eran armas. Me llamaban el «pequeño *sheriff*» y solía decirme que yo me enfrentaría con los hijos de los entonces bandoleros, y que los vencería a todos. Esto me consternaba, porque yo no creía que esta tierra hubiese de salvarse por medio de gatillos. Y le pedía a mi padre que me enseñara algo más, algo constructivo y útil. No quiso nunca.

Se alejó de Margaret, para tomar asiento en un borde de la desvencijada mesa y desde allí miró a la mujer. La luz arrancaba un intenso brillo a los labios y a los ojos de ésta. Su busto le desafiaba desde la penumbra.

—Fue entonces cuando decidí marcharme —prosiguió—. Creí que mi padre, precisamente por querer ser justo, carecía de flexibilidad, y estaba equivocado. No me gustaba tampoco el porvenir con que me enfrentaría transcurridos unos años. Y un día me fui hacia Nevada. No he aprendido allí muchas cosas buenas, ciertamente, pues ya has visto cómo manejo el revólver. Pero al menos me perfeccioné en una profesión, fui útil a mis semejantes de un modo que no fuera enviando hombres a la horca. Deseaba trasladarme al Canadá, donde se están abriendo nuevas minas, y ya incluso preparaba todo lo necesario para el viaje cuando apareciste tú. Y ha sido como una revolución para mi vida.

La mujer también se acercó, poco a poco, impulsada por algo que no era su voluntad.

Cuando estuvo a dos pasos del hombre, se detuvo, porque sabía que ya no podía avanzar más. Dos pasos era la distancia mínima que debía guardar para que no se produjese el choque.

—Al principio te creí una aventurera —repitió él—. No pensé, incluso, que vinieras de Stubel. Pero luego fui recordando, uniendo detalles, y supe identificarme con mi pasado. Tú eras una niña de largas trenzas que siempre ibas detrás de mi padre y que le pedía le explicase historias de bandoleros. El fin noble y honrado que te había impulsado a viajar hasta aquella ciudad diabólica se me apareció entonces en toda su plenitud. Y si al principio me había

enloquecido con tu hermosura, ahora, además, me enamoré de ti. Me convertí en un hombre que dominaba sus sentimientos hasta el extremo de clavarse las uñas en las palmas de las manos, precisamente para no luchar contra su propio padre. Pero en esa lucha he sido derrotado, Margaret. No puedo más. Y he venido a buscarte porque no hay otra cosa que me importe tanto en el mundo, porque te quiero como un condenado, como un loco. Porque estoy dispuesto a luchar contra quien sea con tal de que seas mía.

Se levantó de repente, y Margaret creyó que iba a abrazarla. Ciertamente lo deseaba con toda su alma. Pero el hombre, antes de decidirse a rozarla con los dedos, parecía esperar una respuesta. Fue hasta la ventana, luego se volvió hacia ella y la miró.

—Tú también me quieres, Margaret.

Ella temblaba. En realidad ahora debía decir que sí, que le amaba. Podrían huir los dos esta misma noche y casarse en Denver a la mañana siguiente. Pero todo esto le pareció miserable y mezquino, impropio de dos personas que querían ser honradas. Y por si eso fuera poco, ella acababa de ver a Fred, le había prometido casarse con él dentro de tres días.

—No puede ser, George.

—Es que no te pido que obremos como dos pecadores, como dos personas que tienen algo que ocultar. Iré a ver a mi padre y hablaré con él.

—No quiero que hagas eso. Por mi culpa podrías tener una pelea que os acabaría de separar para siempre.

George se dirigió hacia la puerta.

—Está bien. Vamos a verlo ahora.

—¡Quieto! ¡No puedes hacer eso!

—Sí que puedo, Margaret. No se trata ya de un deseo, sino casi de un deber. Hay aquí un error que nos envuelve a los tres, un error gigantesco, y quiero evitarlo.

Ella trató de detenerle. Fue a abrazarle, pero tuvo miedo.

Y se detuvo en el último segundo.

—George, te suplico que no lo hagas.

Él sonrió silenciosamente, sin contestar. Abrió la puerta y salió a la calle.

—¡George! El grito hizo daño en los propios oídos de Margaret.

Abrió ella la puerta también y salió en seguimiento del joven que ya estaba llegando a la casa del *sheriff* Burton.

Quiso evitar que llamara, pero ya era tarde. George golpeó con los nudillos la puerta.

Margaret se quedó anhelante tras él, con los ojos cerrados, sintiendo cómo su corazón latía sordamente en espera de la gran tormenta que se avecinaba.

CAPÍTULO XIII

Abrió una mujer de unos setenta años, cabellos completamente blancos, nariz chata y boca de labios gruesos. Margaret la conocía bien porque era la que en determinadas horas cuidaba de la casa del *sheriff* Burton. Debía haber llegado hacía unos minutos, mientras ella hablaba con George. Y se quedó petrificada y con la boca abierta al ver al joven allí.

—¿Tú…, tú en Stubel? Pero ¿qué es eso, George? Él le pasó una mano por los blancos cabellos, cariñosamente.

—El hecho de que te hayas acordado de mí al cabo de diez años es casi un homenaje, Sandra. He venido porque ya es hora de que un hijo vea a su padre. ¿Sabes dónde está el viejo *sheriff*? Las palabras «viejo *sheriff*» turbaron a Margaret de una forma extraña. Tuvo que cerrar los ojos.

—No está en casa en estos momentos. Ha ido a hacer su acostumbrada ronda por la ciudad mientras yo le preparo la cena. Si no hay novedades volverá dentro de diez minutos. Si las hay…, tal vez no vuelva nunca.

George retiró la mano que acariciaba los cabellos de Sandra, mientras sus ojos miraban hacia la calle en espera, al parecer, de tomar una repentina decisión.

—Mejor. Iré a buscarle. Me interesa verle cuanto antes.

—No hagas eso, George —exhortó la voz de Margaret desde la penumbra, a su espalda—. Más vale que le aguardemos aquí. Hay cosas que no podrían ser dichas en otra parte.

Él pareció considerar durante unos segundos las palabras de la muchacha. Y como éstas estaban cargadas de sensatez, resolvió acceder. Atravesó el umbral seguido de Sandra, quien con una mano sostuvo la puerta para que Margaret pudiera entrar también.

—Tu padre va a volverse loco al verte, George —opinó Sandra —. Para él va a ser como si hubiese llegado de repente la dicha del cielo. No quiero ni pensar en lo que ocurrirá en esta casa dentro de unos instantes, cuando él vuelva.

George Burton se mordió los labios, pero la mujer no lo notó.

—Sí, yo tampoco quiero pensarlo.

Margaret había entrado también en la habitación. Estaba en una zona de penumbra, lejos de la claridad que perfilaban las llamas de la chimenea. La palidez de su rostro destacaba por encima del vestido negro. George vio temblar sus manos, que estaban pegadas a la pared.

Hubo un instante de silencio un poco pesado, molesto, mientras la vieja Sandra les miraba a los dos con aire un tanto receloso. Su larga experiencia le había dicho que algo ocurría allí, pero no se atrevía a hacer ninguna pregunta. De repente este problema desapareció para ella ante el mucho más importante originado por el intenso olor a quemado que procedía de la cocina. La vieja Sandra lanzó un estentóreo «¡Santo Dios!» y echó a correr hacia el otro lado de la casa, abriendo y cerrando puertas con secos golpetazos. George y Margaret quedaron solos.

Los dos tuvieron al mismo tiempo conciencia de su soledad y como si el problema con que se enfrentaban los separase, se situaron en lugares opuestos de la pieza, Margaret notó que los ojos del hombre brillaban en la penumbra y que la expresión de sus labios, antes dura, se había hecho repentinamente dulce.

—No debes dar este paso, George —musitó ella—. Una vez lo hayas dado ya no podrás volver atrás. Y lo que está en juego aquí son sentimientos que han de durar toda la vida.

—Precisamente por ello me interesa ponerlos en claro con honradez y franqueza. Yo me limitaré a exponer mis sentimientos a mi padre, Margaret, pero al final serás tú la que decida. O él o yo, tendrás que escoger a uno de nosotros.

La muchacha se mordió los labios, nerviosamente, mientras un temblor recorría sus brazos.

—Yo no puedo hacer eso, George. Sabes que no puedo. Pero en todo caso mi deber me obliga a elegir al *sheriff* Burton porque ya le he dado palabra de matrimonio.

—Esa palabra puede revocarse de mutuo acuerdo. Él será lo

bastante inteligente para comprenderlo así.

—Hay momentos en que la inteligencia no cuenta para nada. Él sólo pensará que le hemos traicionado, caído en la pasión más vil, más abyecta. Porque él sabe que sólo me faltan tres días para convertirme en tu madrastra. Y eso es demasiado fuerte, George. No puedes decirle que me amas, que para ti no soy más que una mujer a la que, si no consigues, siempre te unirá una pasión secreta. No, nunca podrás decirle esto.

Él no contestó. Parecía meditar sobre aquellas palabras. Tenía los labios apretados y las facciones rígidas, exactamente igual que cuando se enfrentó con sus dos enemigos en El Pico de Oro, igual que cuando miró a la muerte cara a cara sólo por salvarla a ella.

Margaret detuvo esos pensamientos porque la conducían a un sitio donde no quería llegar. Dejó de mirar a George, porque de no hacerlo así le faltaría valor para pronunciar la frase decisiva.

Tras unos instantes de silencio pronunció la frase. Lo hizo mirando a las llamas de la hoguera.

—Has dicho que seré yo quien tenga que decidir, ¿no? Pues bien, me decidiré por Fred Burton.

George levantó un poco el rostro para mirarla fijamente. Sus ojos brillaban en la penumbra con extraños destellos dorados, opalinos, grises.

—¿De veras dirás eso, Margaret?

—Te lo juro.

Estas palabras le desgarraron el corazón, le produjeron un nudo en la garganta. Pero las dijo con voz firme porque estaba dispuesta a hacerlo así. Porque no quería que por ella el padre y el hijo se mataran como lobos, ya que de sus caracteres violentos y apasionados cabía esperarlo todo en cuanto el drama se plantease. Fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía la boca seca y de que algo le temblaba en las cuerdas vocales, como si se hubiesen roto. Porque en cuanto el *sheriff* Burton entrase allí, ella ya habría renunciado a todo, se habría sacrificado tan sólo por cumplir su palabra y evitar una disputa a muerte entre los dos hombres a los que se sentía ligada. Pero para eso era necesario que George lo considerase todo perdido, que no se atreviera a iniciar la lucha. Y por eso añadió:

—Yo no te quiero, George. No confundamos el verdadero y

legítimo cariño con una pasión pasajera o con un simple capricho.

La espalda del hombre sufrió una leve sacudida. Volvió a levantar la cabeza para mirarla, y ahora sí que sus ojos tuvieron un destello fiero, como los de una pantera rabiosa.

—No se trata de que me quieras o no, Margaret. Pero vas a incurrir en una equivocación y se la harás cometer a mi padre. Eso no es justo. Él no puede decidir imparcialmente porque ahora está obcecado, y tú lo sabes bien.

—¿Obcecado él? ¿Y tú? ¿Crees que él me ha besado como tú lo has hecho? ¿Crees que la pasión le domina como te ciega a ti? —Su voz se hizo un poco jadeante, ronca—. ¿Crees que él sería capaz de disputarle la mujer a su propio hijo, si las cosas se hubiesen producido de forma opuesta a como se han planteado ahora? La frase quedó vibrando unos instantes en el aire quieto de la habitación George bajó la cabeza, anonadado, vencido por completo antes de comenzar la pelea, y su diestra recogió el blanco sombrero tejano que había dejado sobre la mesa. Dio dos pasos en dirección a la puerta.

—No necesitas decir más, Margaret. Tú ganas. Y además ganas con razón, eso es todo.

Yendo hacia la puerta, tenía que pasar junto a la muchacha. Ésta aguardaba anhelante, en tensión todos los músculos de su cuerpo, con los labios entreabiertos y los ojos un poco extraviados, como si la penumbra de la habitación hubiese entrado en ellos. Vio que el hombre se acercaba un paso, dos… Vio que se iba, y que con él se iban sus sueños, sus esperanzas, aunque fueran sueños y esperanzas imposibles.

Vio que con él se iba todo.

—George… Fue ella la que lo pidió. Fue ella la que se dijo que aún era una mujer libre. Y sin quererlo, conscientemente, sin pensarlo siquiera, se encontró en sus brazos. Cuando sus labios se unieron en un beso, ella supo que era feliz.

Y cuando el beso iba a finalizar, cuando ambos iban a separarse, se abrió la puerta que estaba junto a los dos y entró por ella el *sheriff* Burton.

CAPÍTULO IV

El *sheriff* los vio. De hecho casi tropezó con ellos.

Sus ojos, que en el momento de entrar reflejaban vívidamente una intensa ilusión, se volvieron pequeños y fríos en fracciones de segundos. No reflejaron sorpresa ni siquiera dolor, sino una especie de furia dañina. Miró primero a Margaret, que aún tenía los labios entreabiertos, y luego a George, que empezaba a separarse de ella poco a poco.

Pese a la sorpresa del encuentro, no por eso precipitó su gesto, que fue lento y hasta un poco fatalista, como si en su interior se estuviera diciendo que ante lo que ya había sucedido no había nada que hacer.

Fred Burton cerró la puerta a su espalda, también muy poco a poco. Margaret vio también tal brillo en sus ojos que tuvo miedo. No por ella, sino por los dos hombres. Y de una forma instintiva, guiada tan sólo por su generosidad, se colocó entre ellos.

—Fred… —susurró—. Debo explicarte… He sido yo.

El *sheriff* no contestó. Sus manos se abrían y cerraban convulsivamente, aunque parecía tratar de disimularlo. Fue hasta la chimenea, atizó un poco el fuego, tratando sin duda de dominar su nerviosismo con esos movimientos tan metódicos, y luego miró a su hijo.

—He tenido una sorpresa, George. De hecho tú siempre sabes dar sorpresas.

El joven se adelantó. Su alta estatura, su musculatura imponente, dominaron a la de su padre; miró a éste a los ojos y luego inclinó un poco la cabeza.

—Venía dispuesto a luchar por esta mujer, padre, pero ahora ya no tengo fuerza moral para hacerlo. Te he ofendido en tu propia

casa. Eso no ha sido noble. En cierto modo el mundo tenía razón al considerarme una bala perdida, un renegado.

Margaret se adelantó dos pasos. Brillaban sus ojos.

—¡Mientes! Los dos hombres se volvieron para mirarla. Y hubo una violenta contracción en las facciones de George.

—¡Cállate! ¡Lo que aquí se ventila no es asunto tuyo!

—¡Lo es, y muy mío! ¡Y si con tu actitud pretendes dejarme al margen de toda culpa, seré yo la que diga la verdad! ¡Seré yo la que afirme a todo el mundo que te llamé a mis brazos cuando ya ibas a salir por aquella puerta! La brutal revelación hizo estremecer a ambos hombres. Y a George le llenó al mismo tiempo de gozo y de implacable amargura, porque con aquellas palabras Margaret se estaba enterrando a sí misma. Era él el culpable de todo; él, que antes de luchar por la mujer que amaba, se había atrevido a gozar ya del premio de la victoria. No Margaret, quien sin duda no se había dado cuenta de lo que hacía. Por eso, con voz ronca repitió:

—¡Cállate!

—¡No me callaré! ¡Al pensar en esto no debes juzgarle culpable a él, Fred, sino a mí! ¡Tan sólo a mí, con la que ibas a casarte dentro de tres días y a la que has encontrado besando a otro hombre! Fred Burton nada decía. Estaba taciturno, con los hombros un poco hundidos, mirando las convulsiones del fuego. En el silencio violento y lleno de tensión que se produjo después de esto, hubiera podido oírse hasta el rozar de las alas de una mariposa. George rompió esté silencio para exponer:

—Estamos dando a esto una apariencia de pecado que no tiene. Pese a su promesa, Margaret es todavía una mujer libre, y por consiguiente está en su derecho si prefiere a otro hombre, sea quien sea. Pero en este caso, te ruego consideres que ella no ha preferido a nadie más que a ti. En realidad te ha sido fiel, aun cuando se haya dejado dominar por mí hace unos instantes.

En este momento, al hablar así, George se estaba preguntando cómo era posible que él no luchase por Margaret; cómo era posible que renunciase de antemano a ella y consintiese en aquel error. Pero esto ocurría porque George Burton, el hombre que jamás había querido hacer un mal, acababa de herir a su padre. Y esto le privaba de toda fuerza moral, de tal manera que se consideraba indigno de luchar. No debió haber rozado a Margaret hasta que aquella

situación estuviese clara, hasta que ella estuviera en una posición limpia y clara ante su padre y ante él. Su debilidad le producía una vergüenza que sólo era comparable al inmenso dolor que sentía por tener que renunciar a Margaret.

Y fue en este momento cuando la muchacha avanzó dos pasos, cuando se situó frente a Fred Burton, que seguía examinando, como absorto en ello, las convulsiones de las llamas.

Pero sus ojos tenían un brillo febril que hizo estremecer a Margaret.

—George acaba de decir en parte una verdad y en parte una mentira —manifestó—. Ha dicho una verdad al afirmar que estaba avergonzado por haber aceptado lo que le ofrecían mis labios. Pero ha mentido al decir que fue él el que tuvo la iniciativa. Y ha mentido también al decirte que te he sido fiel. Porque esto no es cierto, Fred, por muy terrible que resulte afirmarlo con esta sangre fría —sus manos estaban trémulas y sus dedos se entrelazaban, se retorcían nerviosamente—. No es cierto porque yo estoy enamorada de él. He luchado contra este sentimiento, he hecho lo posible para olvidarlo y para aborrecerle incluso, pero sin conseguir nada. Hay en nuestro amor algo que está por encima de nuestra voluntad. Algo contra lo que no podemos luchar, Fred, porque cuanto más resistimos más destroza nuestro corazón. Por mucho que me avergüence hablarte así, más me avergonzaría mentirte, y consentir una boda que estaría llena de insatisfacciones secretas, de deseos que no podríamos confesar, de dolor que llegaría a destrozar nuestras vidas. Por eso tengo que decirte la verdad, Fred: Yo estoy locamente enamorada de tu hijo.

Esta confesión hecha con voz trémula, con los ojos bajos, como si Margaret estuviese reconociendo un pecado, estremeció a George Burton. De hecho hubiera enternecido a cualquiera, con sólo ver la expresión humilde de la joven, pero no pareció conmover para nada al viejo *sheriff*. Éste levantó la cabeza para mirar a su hijo con ojos que llameaban.

Y preguntó:

—¿Tú también estás enamorado de ella, George? Margaret volvió la cabeza, mirando con ojos ansiosos al joven. No podía decir que no, no podía retirarse ahora de la lucha.

George plegó sus labios en una mueca algo triste, pero llena de

energía, que era habitual en él, y respondió con voz clara:

—La amo como un loco.

Fred Burton se volvió de espaldas bruscamente. Sus hombros sufrieron una sacudida.

Fue George el que se acercó a Margaret, y le estrechó la mano, mientras contestaba por ella:

—Ese sentimiento es completamente irrevocable.

—Está bien —dijo entonces el *sheriff* Burton, encaminándose hacia la puerta que daba a su dormitorio—. Para esta clase de situaciones conozco yo un remedio que lo soluciona todo. No te muevas de aquí si tienes un ápice de valor, George.

Entró en la pieza, cerrando tras él. Los dos oyeron remover entre los viejos muebles.

Margaret estaba con la mano derecha plegada sobre la de George, muy quieta, sintiendo como unas gotitas finas de sudor comenzaban a perlar su frente. George, en silencio, con los labios completamente secos, escuchaba el tic-tac del viejo reloj de la sala, el mismo que escuchara en sus días de niño. Los dos se preguntaban qué iba a hacer Fred, cuál iba a ser la respuesta. Y miraban como hipnotizados la puerta por la que éste tenía que aparecer de un instante a otro.

El *sheriff* no les hizo esperar mucho. Abrió de repente y salió. En sus manos llevaba una caja.

Los labios de George se fruncieron al verla. Sus párpados sufrieron una sacudida.

Aquella caja pertenecía a su padre desde muchos años atrás, y sabía que entre sus forros de terciopelo contenía dos magníficos revólveres completamente nuevos. El *sheriff* se la ofreció.

—Ábrela y elige.

George Burton sintió frío en la espalda, en el corazón. Notó también que unas gotas heladas comenzaban a surcar su rostro. No era miedo, porque se había batido muchas veces en peor situación, y con adversarios más jóvenes. Pero el rival, esta vez, era su propio padre que se colocaría como blanco delante de su revólver, dispuesto a matar o a morir, sería el mismo que le dio la vida.

—¡No puede ser! —rugió—. ¡No puedo!

Fred Burton escupió las palabras.

—Si no puedes es que eres un cobarde.

George aferró las manos del otro. Trató de arrebatar la caja, pero Fred la tenía férreamente sujeta. Con sus rostros separados tan sólo por unos centímetros George replicó:

—Tú estás loco, padre. Siempre creíste que la fuerza era la única ley. Siempre pensaste que no habría civilización ni cultura si no se les abría camino a golpes de gatillo. No lleves ahora tus teorías hasta ese extremo monstruoso, hasta esta lucha que cualquiera condenaría. No puedes obligarme a que te mate o matarme a mí. ¡Eso es una iniquidad y además no tiene ningún sentido, porque en cualquier caso los dos perderíamos a Margaret! George sudaba, pero su padre no. El *sheriff* Burton no parecía sentir la menor emoción ante aquello. La luz de petróleo alumbraba sus facciones completamente secas, rígidas, sin una gota de sudor. Alumbraba sus labios que se entreabrían en una sonrisa burlona.

—¡Cobarde! —Escupió otra vez.

Margaret puso sus manos sobre un brazo de cada uno de los hombres. Temblaba tanto, tan patente era su temor, que parecía una niña. Sus ojos, un poco turbios miraban a los dos hombres.

—Después de mi padre no he querido a nadie más de esa manera. Nunca he sentido tanta admiración por un hombre como por ti, Fred; no he amado a un hombre como a ti, George. Si ahora os destruís eso significará mi muerte. Si uno de los dos cae, jamás podré unirme al otro. Y el arrepentimiento envenenará la sangre del que quede en pie. Dios le exigirá cuentas algún día.

George la oyó y temblaron otra vez sus párpados, pero no así Fred. Él se mantuvo impasible y, sin desviar un instante la mirada del rostro de su hijo escupió por tercera vez:

—¡Cobarde!

Nadie había llamado esto a George y había continuado vivo después. Por eso tendió la diestra hacia la cerradura de la caja y dirigió a la habitación una última mirada. Durante sus años de soledad había pensado en aquella vieja chimenea, en los muebles que cuidó un día su madre, en la vieja Biblia, en los dibujos de cuando era niño. Y he aquí que ahora iba a despedirse de todo eso para siempre. Dentro de un par de segundos, él tendría un revólver en la mano y su padre otro. Pero por su parte él no haría fuego. Se dejaría matar.

Era mejor ser mordido por el plomo que por el aguijonazo de la conciencia después de dar muerte a su propio padre. Era mejor caer, perder todo, que ganarlo todo a aquel precio.

Oyó el tic-tac del reloj dentro de su cráneo, y pensó que transcurridos unos instantes, ya no lo volvería a oír. Miró fugazmente a Margaret y pensó que dentro de unos segundos aquella imagen ya se habría desvanecido tras las tinieblas. Se propuso mirarla otra vez cuando cayese, cuando el plomo le hubiese atravesado el pecho, porque a aquella distancia los disparos no podían fallar.

—¡Vamos, abre!

—¿Están cargados los dos revólveres?

—Claro que lo están. Lo he comprobado hace un instante. ¿Crees que te desafiaría si esto no fuera un duelo legal? Vivirá el más rápido.

—Vivirás tú, padre, porque yo no pienso disparar. Será el desafío más fácil de tu vida.

Fred Burton no se inmutó ni siquiera al oír esto. Diríase que el dolor le había agarrotado el corazón y que ya no sentía nada. Sus ojos brillaron cuando George dio vuelta a la llavecita y levantó la tapa.

Brillaron también los ojos del joven.

Y chilló asombrada Margaret.

¡Porque lo que había allí dentro no eran dos revólveres, sino las modestas joyas y los efectos personales que le fueron robados en Silver City!

* * *

—Pe… pero —balbució la muchacha.

Fred Burton sonreía. Sonreía de tal modo que pronto rompió a carcajadas, dejando caer la caja al suelo. Y tomando por un brazo a su hijo y por otro a Margaret los besó en las mejillas, haciendo luego que se uniesen sus manos y explicando, sin dejar en ningún instante de reír alegremente:

—Aunque me dejé vencer por tu belleza, siempre pensé que nuestro matrimonio sería una equivocación, Margaret. Sobre todo cuando estaba solo, no dejaba de dar vueltas en mi cabeza a ese

pensamiento. Sabía ya que mi hijo estaba en Silver City, y cuando marchaste envié tras sus huellas al viejo granuja de Grieg, el de la casa de postas, para ver si también te habías dirigido tú hacia ese lugar. Grieg tenía instrucciones muy concretas.

Me telegrafió diciendo que tu instinto te había llevado precisamente a Silver City y que habías visto a George. Yo había hecho examen de conciencia y lejos del influjo de tu belleza, había visto con serenidad las cosas. Al enviar a Grieg lo hice pensando que una muchacha como tú tenía que casarse lógicamente con un muchacho como George.

Además ése era el medio más infalible de atraer a mi hijo, y hacerle olvidar sus estúpidas manías de soledad e independencia. Para ver si él te ayudaba, y para ver si el amor que decías sentir por mí, era, en efecto, amor o simple deseo de ser protegida, dije a Grieg que robase tu dinero, como así lo hizo. Y ya ves cómo han sucedido las cosas. Lo que sentías por mí no era amor, Margaret; tu juvenil inexperiencia te indujo al engaño. Es posible que de haber resistido tú la prueba que significaba George hubiese meditado aún sobre el asunto, pero en realidad estaba decidido a no llevar las cosas más lejos.

Después de la primera turbación causada por tu hermosura, había reflexionado bien. Y esto último me ha servido para ver si vuestro amor era sincero y fuerte y si George seguía siendo el hombre generoso que siempre fue. Yo tenía una deuda contigo, hijo mío, porque siempre me consideraste un hombre demasiado duro, casi cruel, y eso te alejó de mi lado. Ahora tu viejo padre te habrá demostrado tal vez que también tiene corazón. ¡Y fíjate si estaba seguro de que todo saldría bien que hasta hablé con el pastor para que anunciase lo que Margaret y yo habíamos pedido y empezase a prepararlo todo para vosotros…!

Seguía riendo. George y Margaret, ebrios de felicidad, sin creer aún que todo aquello era cierto, se arrojaron uno en brazos del otro y se besaron locamente en las mejillas, en los labios, mientras el *sheriff* carraspeaba discretamente y daba media vuelta para alejarse hacia la ventana, dejando de reír.

Por el contrario, una leve lágrima se deslizaba ahora por su mejilla, a pesar de que éste era uno de los días más felices de su vida.

Y es que el *sheriff* Burton empezaba a comprender que se había vuelto viejo.

FIN